3372

ADMINISTRACIÓN
LIRICO-DRAMATICA

EL DIA MEMORABLE

DRAMA DE ESPECTÁCULO EN CINCO ACTOS Y EN PROSA

INSPIRADO EN LA OBRA «PATRIE»

ESCRITO POR

D. JACOBO SALES Y D. FELIX G. LLANA

MADRID
CEDACEROS, NÚM. 4, SEGUNDO
1892

14

AUMENTO Á LA ADICIÓN DE 1.° DE ENERO DE 1892

COMEDIAS Y DRAMAS

Hombres	Mujeres	TÍTULOS	ACTOS	AUTORES	Parte que corresponde á la Administración
4	4	A la que salta	1	D. Fidel Melgares	Todo
»	»	Cinco minutos de angustia	1	J. Mota y González	»
»	»	Del sepulcro al hospital	1	Eduardo Ozores	»
»	»	El estanco de Juanita	1	Tomás Luceño	»
»	»	El modelo	1	Luis de Ansorena	»
2	2	El pan nuestro	1	Regino Chaves	Mitad
»	1	El primer desengaño (monólogo)	1	Narciso Díaz de Escobar	Todo
»	»	El salva vidas	1	Juan Pérez Zúñiga	»
»	»	Guardar el equilibrio	1	Gascón y Soriano	»
»	»	Las recomendaciones	1	Tomás Luceño	»
»	»	La viuda de Rodriguez	1	Leoncio González	»
1	4	Micos y monos ó el estreno de la Plaza	1	Vicente E. Miquel	»
1	2	Pepe Santiago	1	Arístides Gomar	Mitad
»	»	Pequeñeces	1	Carlos Mavillard	»
1	»	Sobre la tumba de una madre (monólogo)	1	David del Pino	Todo
»	»	Un cero á la izquierda	1	H. Criado y Baca	Mitad
»	»	Un duelo en la ventana	1	Agustín de Navas	Todo
»	»	El tercer aniversario ó la viuda de Napoleón	2	Ricardo de la Vega	»
»	»	Las obscuras golondrinas	2	F. Pérez y González	»
10	4	Los calaveras	2	E. Sánchez Pastor	»
»	»	El día memorable	3	Félix G. Llana	»
3	3	El grito del alma	3	Vicente E. Miquel	»
»	»	El mártir de ajena culpa	3	Juan Maillo	»
6	2	El mártir del pueblo	3	Vicente E. Miquel	»
»	»	El obstáculo	3	E. Marro (hijo)	»
»	»	El primero de Mayo	3	E. Martín Contreras	»
»	»	Realidad	3	Benito Pérez Galdós	»
»	»	Tormento	3	Federico Urrecha	»

ZARZUELAS

»	»	Antón Perulero	1	D. José Estremera	L.
»	»	Corte y Cortijo	1	Villegas y Valverde (hijo)	L. y M.
»	»	El licenciado de Villamelón	1	E. Ruiz Valle	½ L.
»	»	El paso de Judas	1	J. Valverde (hijo)	M.
»	»	El señor Juan de las Viñas ó los presupuestos de Villa-Anémica	1	Valverde (Hijo)	M.
»	»	Ensayo general ó concurso de acreedores	1	P. Stella y G. Salgado	L.

EL DIA MEMORABLE

Esta obra es propiedad de su áutor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL DIA MEMORABLE

DRAMA DE ESPECTÁCULO EN CINCO ACTOS Y EN PROSA

INSPIRADO EN LA OBRA «PATRIE»

ESCRITO POR

D. JACOBO SALES Y D. FÉLIX G. LLANA

Estrenado con extraordinario éxito en el TEATRO ESPAÑOL de Madrid
la noche del 2 de Mayo de 1892

MADRID
R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

1892

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
RAQUEL	Srta. Calderón.
MARÍA (hija de Murat)	López Egea.
CURRA LA RIBETEADORA	Alisedo.
AGUADORA	Esting.
CRIADA	Bueno.
MAJA	Martínez.
DON CARLOS DE VARGAS	Don Ricardo Calvo.
CONDE DE LAUNAR	Donato Jiménez.
MURAT	Sr. Pérez.
PEDRO CARRASCO	Treviño.
EL PRIOR DE LOS JERÓNIMOS	Calvo (J.)
PALUSKY	Calvo (F.)
LEGO	López Chico.
AYUDANTE LAFORT	Varela.
MAYOR DEL EJÉRCITO FRANCÉS	Molina.
SARGENTO	Fernández (H.)
CHATO	López Jiménez.
EL MORENO	Quirós.
CORREO	Ruiz.
MAJO	Martínez.
SOLDADO	Herreros.
FRANCISCO (criado del Conde de Launar)	N. N.

Manolos, manolas, toreros, chisperos, vendedores, soldados franceses oficiales, frailes, etc., etc.

La acción en Madrid, año de 1808

ACTO PRIMERO

La plaza Mayor de Madrid el 1.° de Mayo de 1808 á la caída de la tarde.—Al foro, frente al público, la casa Consistorial, y algo más á la izquierda el portalón que dá entrada á la calle de Toledo.—A derecha é izquierda, bajo los soportales, tiendas de ropas, sombreros, etc., etc.—En uno de los lados un cuerpo de guardia de los soldados franceses, y frente al mismo, sentados en banquetas, oficiales, clases y soldados.—En el opuesto lado, puestos de agua, aguardientes, frutas, buñuelos, etc.—Grupos de Mujeres, Manolas, Manolos, toreros rodeando los puestos, y apoyados en las columnas.—Antes de levantarse el telón se oyen algunos redobles lejanos de tambor, que se ván haciendo más perceptibles y en el momento de comenzar la obra se vé un pelotón de soldados franceses mandados por oficiales, que refuerzan las guardias.

ESCENA PRIMERA

LA NARANJERA, EL MORENO, EL MELLADO, VENDEDORAS, SOLDADOS, MANOLAS y TOREROS

VEND.ª ¡Agua fresca, agua!

MOR. Echame un vaso, que traigo desollada la garganta.

VEND.ª ¿De qué?

MOR. De gritar.

VEND.ª ¿Dónde habéis gritado?

MOR. Pues en la Carrera de San Jerónimo y en la Puerta del Sol, donde le hemos dado una silba mayúscula á ese...

VEND.ª ¿A quién?

MOR. ¿A quién ha de ser, mujer? A ese mamarra-

675208

cho de los *faralares*. Al príncipe de los mamelucos.

VEND.ª ¿A Murat?

MOR. Al mismo.

VEND.ª Silencio, que se acerca un gabacho. (Viendo acercarse al centinela, que estará al frente del cuerpo de guardia.)

MELLADO Mal rayo los parta á todos. (Quedan hablando en voz baja y se observa en todos los individuos agitación y mal estar.)

ESCENA II

DICHOS y PEDRO CARRASCO

(Aparece Pedro por la puerta de la calle de Toledo en traje de la época, muy deteriorado, embozado en la capa, y se dirige á la puerta de la casa Consistorial, rechazándole los centinelas cuando pretende pasar.)

CEN. ¡Atrás! (A Pedro.)

PED. ¡Bueno, hombre, bueno!... Si no pretendo entrar.

CEN. ¡Atrás, atrás, digo!

PED. ¡Ya voy, ya voy!

CEN. ¡Atrás!

PED. (Retirándose.) (¡Pues señor, lo ha aprendido en viernes!) Nada, que me voy á quedar sin ver al Conde... y los momentos son preciosos, como decimos en las comedias. ¿Pero, qué veo? ¡Si es el Mellado! (Reparando en él.) ¡Andrés! (Llamándolo.)

MELLADO ¡Perico! (Reconociéndole.)

PED. El mismo que viste y calza, aunque bastante mal.

MELLADO ¿De dónde vienes?

PED. ¿De dónde quieres que venga un cómico malo? De la silba.

MOR. ¿Estuviste allá?

PED. En sitio de preferencia. Como que es la primera vez que he tomado el desquite de las silbas que á mí me dá el público en el teatro del Príncipe.

MELLADO Pues esta ha sido regular.

PED. ¿Y hace mucho que habéis llegado?

MOR. En el momento de preseciar cómo doblaban las guardias.

PED. Y no dejan entrar á nadie en la Junta. Por supuesto, que para lo que sirve, aunque no se reuniera, poco íbamos á perder.

MELLADO ¿Qué han dispuesto?

PED. Pues, ¡ahí es nada! Que salgan para Bayona la reina de Etruria, sus hijos y el infante don Francisco. A la reina de Etruria, que se la lleven cuando quieran, porque maldita la falta que nos hace; pero el infante no sale de Madrid, ¡aunque se empeñen todos los mamelucos del orbe!

MOR. ¿Y quién va á impedirlo?

PED. ¿Quién?... Nosotros, que somos bastantes.

MELLADO ¡Bien, Perico! ¡Así me gustan los hombres!

NAR. Y nosotras las manolas, que también ayudaremos. (Durante este diálogo se van formando grupos que miran con ansiedad á los balcones de la casa en que se halla reunida la Junta.)

PED. Lo malo es que nos van á dejar solos; pero no importa.

MOR. ¿Solos?... Mira la gente que acude en cuanto huele á chamusquina.

PED. El pueblo de siempre... el que me silba apenas abro la boca... Pero todo se lo perdono. Yo seré un mal cómico, pero soy un buen madrileño.

MELLADO ¿Y qué estarán tratando?

PED. Junta de rabadanes... oveja muerta, de seguro.

MELLADO ¿Si querrán darle una serenata al príncipe?

MELLADO No, la serenata ya se la hemos dado nosotros.

PED. ¡Calla!... Ya deben haber terminado. Sí... No hay duda... (Viéndole salir.) Aquél es el Conde de Launar.

MELLADO ¿El Conde?

PED. Sí... y viene solo.

MOR. Y parece que mal humorado.

PED. Ese es de los buenos.

ESCENA III

DICHOS y EL CONDE DE LAUNAR

LAU. (Aparece ensimismado y con la preocupación de una idea fija.) ¡Pobre España! La traición y la cobardía se han apoderado de todos los corazones. Nadie escuchó mis protestas, y aprueban ese vergonzoso acuerdo. El infante don Antonio, en mal hora nombrado presidente, se arrastra á los piés de Murat, de ese soldado de fortuna; y Bonaparte desde Bayona está rigiendo los destinos de España.

MELLADO Habla sólo.

PED. ¡Silencio! Voy á saludarle. (Acercándose.) ¡Señor Conde!

LAU. ¿Quién me llama?

PED. Yo.

LAU. ¡Carrasco!

PED. Para servir á su excelencia. Ó mucho me equivoco, ó algún riesgo nos amenaza.

LAU. Mayor del que puedes imaginarte. Salgo dolorido y desconsolado.

PED. ¿Qué sucede?

LAU. Todos ceden y todos se humillan. Mi voz se pierde en el vacío, en medio de la más cobarde indiferencia. El príncipe es el único señor que nos gobierna. Los miembros de la Junta, faltos de energía, aprueban cuanto propone el infante don Antonio, que antes de reunirnos acude á tomar órdenes de nuestros adversarios. Comtemplando tanta infamia, levanté mi voz de protesta y propuse declarar la guerra á Napoleón.

PED. ¡Bravo, señor Conde! Aún hay en la nobleza española almas varoniles. Por supuesto que la Junta no cuenta con la huéspeda, y la huéspeda somos nosotros: el pueblo de Madrid.

LAU. De él sólo espero la salvación. Es necesario no contar con nada más; emplear el propio esfuerzo. Las cosas salen como las hube

previsto. He abandonado la Junta jurando no volver á autorizar con mi presencia tantas indignidades. No hace aún mes y medio que el pueblo de Madrid recibía con entusiastas aclamaciones á esos soldados mercenarios, espuma de todas las naciones: ¡á esos miserables polacos y mamelucos! Cuando yo le veía reir, esperaba que muy pronto el llanto inundara sus mejillas... Pero, ¡basta de estériles lamentaciones! ¿Cumpliste mis encargos?

PED. Sí, señor Conde. Estuve en los pueblos inmediatos y esta noche entrarán en Madrid muchos patriotas, haciéndolo en pequeños grupos, para no llamar la atención.

LAU. ¿Viste al Prior de los Jerónimos?

PED. ¡Ya lo creo! Y para no infundir sospechas, me disfracé con el traje del lego de *El diablo predicador*. ¡Valiente sorpresa que recibió cuando me quité la capucha!

LAU. ¿Es de los nuestros?

PED. ¡Toma, toma! ¿De los nuestros? El y la comunidad aseguran por Dios y los Santos Evangelios que Murat y todos sus soldados huelen á azufre y descienden en línea recta del mismísimo Barrabás.

LAU. ¿De modo que podremos reunirnos esta misma madrugada en el convento?

PED. ¡Seguramente! ¡Si tienen más ganas de entonar el *De Profundis* por los franceses que de tomarse media docena de pocillos de chocolate que les ofrezca una devota.

LAU. Tampoco yo he perdido el tiempo. Anoche estuve en Aranjuez, y aunque el general Dupont tiene establecida una vigilancia extrema en los cuarteles, he hablado con algunos oficiales españoles á quienes el rubor de la vergüenza enrojece el semblante, y todos ellos se hallan dispuestos á caer sobre Madrid al primer aviso. ¿Hablaste á Carlos?

PED. No he podido encontrarle en parte alguna.

LAU. Esta noche, en mi casa, recibirás las últimas instrucciones. No conviene que nos hagamos sospechosos para esta gente. Y si la

guardia de Palacio la cubre el batallón en que se halla Carlos, sabrá cumplir con su deber. ¡Mi querido Carlos, mi hijo adoptivo, él como yo, verterá, si necesario fuera, su sangre por la patria!

PED. Merece don Carlos de Vargas el cariño que le profesa su excelencia. Si todos los soldados fueran como él, ni nos hubiera entregado Godoy á los franceses, ni estuviera preso el rey de España en Bayona, ni estaría Madrid á merced de sus enemigos.

LAU. Vámonos, que el tiempo apremia y queda mucho por hacer. No olvides una sola de mis instrucciones.

PED. Pierda cuidado su excelencia; las tengo muy presentes.

LAU. ¡Adiós! (Al ir á marcharse óyese alboroto en los grupos.) Pero, ¿qué sucede?

PED. ¡Están los ánimos tan exaltados!..

CURRA (Empujando á un soldado francés que habrá intentado abrazarla.) ¡Arre allá, arrastrao, y no me toques, que no soy vihuela!

SOLD. ¡Venga un abrazo, hermosa!

CURRA ¡Una bofetá de cuello vuelto es la que te voy á dar, mameluco!

MAN. ¡Muy bien dicho!

MELLADO ¿Qué pasa?

PED. Algún francés que habrá sacado la mona del cuartel, y andará buscando el organillo.

SOLD. (Insistiendo en abrazar á la aguadora.) ¡Nada, que te abrazo!

CURRA ¡Que te vas á tomar el botijo por la cabeza!

SOLD. ¡Pues ahora te doy un beso! (Al intentarlo, Curra le rechaza con violencia. El grupo toma una actitud hostil. Gran movimiento. Uno de los oficiales, que se hallará sentado á la puerta del cuerpo de guardia, se acerca al grupo.)

OFIC. ¡Silencio!

MELLADO (Al soldado.) Como te atrevas á faltarla, te doy un mete y saca como á un colmenareño. (Echando mano á la navaja.)

TODOS ¡Muy bien, Mellado!

OFIC. ¡Silencio, he dicho!

MELLADO Y sin capote, que lo envío al otro barrio.

TODOS ¡Já, já, já!...

OFIC. Ni una palabra más.

NAR. ¡Ay, qué miedo!

OFIC. ¡Chitón!

CURRA ¿Dónde ha dejado usía el bastón de borlas?

OFIC. ¡Insolente!

CURRA Avisar á la pirroquia, que se quema un gabacho.

OFIC. ¡Hola, soldados!

TODOS ¡Já, já, já!... (Sale de la guardia un grupo de soldados y se acercan á las órdenes del Oficial.)

MELLADO ¡Como alguien se atreva á tocarla, le doy el pasaporte para el otro mundo!

MAN. ¡A ellos! (Abalanzándose hacia los soldados.)

OFIC. ¡A mí la guardia!

MOR. ¡Que no quede uno! (Próxima á producirse la colisión, interviene el Conde de Launar, interponiéndose entre los grupos A las voces, ha salido del cuerpo de guardia el Mayor, que quedará én segundo término.)

ESCENA IV

DICHOS: EL MAYOR

LAU. Orden... ¡Orden en nombre de la Patria! ¡Los Manolos retroceden y se descubren con respeto.)

OFIC. (Con sequedad.) Aquí no hay más encargado de imponer orden que yo mismo, como jefe de la guardia.

LAU. Soy el conde de Launar, individuo de la Junta Suprema.

OFIC. Yo no recibo mandatos más que del príncipe Murat, por conducto de mis jefes.

LAU. Caballero oficial, represento en este instante la suprema autoridad de su majestad Fernando VII.

PED. ¡Viva Fernando VII!

TODOS ¡Viva!

MAYOR (¿El conde de Launar? Ese nombre, si no recuerdo mal, es el que en el anónimo me han denunciado.)

LAU. (A los grupos de Manolos.) Depejad en el acto...

y mucha prudencia. (Se retiran á los soportales, y los soldados al cuerpo de guardia.)

MAYOR (Sacando un papel.) (¡No hay duda... es él! El conde de Launar... Así lo dice. Debo detenerle, y dar cuenta de su importante captura al general Murat. (Alto y avanzando hasta el sitio en que se halla el conde.) Segun habéis dicho, ¿sois el conde de Launar?

LAU. El mismo.

MAYOR Dáos preso.

LAU. ¿De órden de quién? (Con asombro)

MAYOR En virtud de atribuciones que tengo como Mayor del ejército de ocupación, y sin perjuicio de dar cuenta á su alteza el príncipe Murat, que dispondrá la formación del consejo de guerra.

PED (¿El conde preso?)

LAU. (¡Cielos! ¿Si me habrán delatado?) ¿Y de qué se me acusa? (Con firmeza.)

MAYOR De haber estado anoche en Aranjuez, y de haber excitado á los oficiales españoles á la rebelión.

LAU. (¡Estoy perdido!) Eso es falso.

MAYOR Ya lo veremos.

LAU. (Bajo á Pedro.) (Carrasco, vé á mi casa inmediatamente: avisa á la condesa, á mi pobre Raquel. Procura prepararla, que no se sobresalte. Patria, esposa querida... todo lo pierdo en un instante.)

PED. (Pero...)

LAU. (Ni una palabra más. Cumple este encargo.) (Vase Pedro.)

ESCENA V

DICHOS, menos PEDRO

LAU. Cuando gusteis, Mayor. Pero conste que como español, como noble y como miembro del Consejo Supremo, protesto de esta arbitrariedad.

MAYOR ¡Vamos! (Al ir el Mayor seguido del Conde hacia el cuerpo de guardia, el sargento Palusky, que se halla-

ba sentado y ha oido todo el dialogo entre aquellos los detiene mostrando gran respeto.)

PAL. Mi coronel, permitidme una palabra.

MAYOR ¿Qué quieres?

PAL. Perdonadme si un pobre sargento se atreve á interrumpir; pero lo exige así mi honradez.

MAYOR Habla.

PAL. Estoy alojado en el palacio del señor Conde.

LAU. (¿Qué irá á decir?)

MAYOR ¿Desde cuándo?

PAL. Desde el veinte de Abril, mi coronel.

MAYOR ¿Y bien?

LAU. (¡No hay duda, Dios mío, estoy descubierto!)

PAL. He oido que se acusa al señor conde de haber pasado en Aranjuez la noche última...

MAYOR Así es.

LAU. (¡Cielos!)

PAL. Pues esa acusación es falsa.

LAU. (¿Estoy soñando?) (Con gran asombro.)

PAL. Anoche, mi coronel, me excedí en la bebida... ¿para qué negarlo? Se trata de rechazar una calumnia que puede perder á un hombre honrado, y hay que confesarlo todo. Al cruzar las antesalas del palacio en busca de mi habitación, salió precipitadamente un hombre, y es claro, era el señor Conde.

LAU. (Con estupor.) (¿Qué dice?)

PAL. La señora salía tras él. Era la Condesa; la conocí perfectamente. Grito de modo brusco: «¿Quién va allá?» No responden; me empujan con violencia y me llaman borracho; yo estaba alegre solamente. No pude contenerme: tiré del sable, y reñimos á la débil luz de una lámpara que alumbraba aquel salón... ¿No fué así, señor Conde? (El conde no contesta.)

MAYOR ¿Oís?

LAU. (Con gran asombro.) Sí, sí. ¡Es cierto!

MAYOR ¿Luego érais vos?

LAU. ¿Qué otro podía ser? ¿Lo duda acaso el sargento?

PAL. De ningún modo, señor Conde.

LAU. Ya veis, coronel, que se me acusaba de una falsedad. Que he estado anoche en mi casa.

MAYOR. El testimonio es terminante. El anónimo era calumnioso. Estais libre, señor Conde. (Se retira el Mayor al cuartel.)

ESCENA VI

EL CONDE y PALUSKY. Los grupos se han separado unos á los portales y otros con las vendedoras

LAU. (Deteniendo á Palusky, que va á marcharse.) Una palabra, sargento.

PAL. A vuestras órdenes, señor Conde.

LAU. Os debo la libertad... y quizás la vida. Pero ahora que estamos solos, decidme toda la verdad.

PAL. La he dicho. Además, vos la sabeis tan bien como yo.

LAU. ¿Yo? (Con asombro.)

PAL. Vos, claro está.

LAU. Habeis desnaturalizado los hechos para salvarme.

PAL. No he mentido jamás. (Con nobleza.)

LAU. Habeis declarado que estábais ébrio... por lo menos, un poco trastornado.. En tal situación no se dá uno cuenta exacta de las cosas... y se figura ver lo que no existe. Yo mismo no recuerdo con certeza los detalles que habeis descrito.

PAL. Pues no lo dudeis, señor Conde. Los he referido exactamente.

LAU. ¿Luego aquella mujer que me acompañaba?...

PAL. Era vuestra esposa. La ví, como os estoy viendo en este instante.

LAU. ¿La vísteis? (Asombrado.)

PAL. Sin duda alguna.

LAU. (¿Qué dice este hombre?) ¿Os afirmais en que salía de las habitaciones de mi esposa?

PAL. Me afirmo.

LAU. ¿No os engañais?

PAL. No, señor Conde. Os oí decir claramente: «Retiraos, Condesa.»

LAU. ¿Qué me oísteis decir?... (Con mayor asombro.) Eso dije. (Reponiéndose.)

PAL. Además, ¿al arrancarme el sable, no os heristeis en la mano derecha?

LAU. ¿En la mano?... ¡Ah, sí!... En la mano derecha... En esta... (¡Dios mío! ¿Qué es lo que estoy escuchando?)

PAL. ¿Estais ya bien de la herida?

LAU. ¿De la herida?... Sí... estoy bien.

PAL. Perdonadme, señor Conde, porque ni era mi intención causaros el menor daño, ni mi estado me permitía darme cuenta de mi proceder.

LAU. Estais perdonado. (Una herida... en la mano. Hay un rastro... ¡Una huella acaso para descubrirá dos miserables!... ¡Pero no! ¡Dios mío, mi sospecha es infame! ¡Es absurda! Es absurda, sí; pero ¡ha penetrado la duda en mi corazón y me abruma con angustias de muerte!)

PAL. (Llamándole la atención.) ¿Mandais algo más, señor Conde?

LAU. (Me había olvidado...) (Reponiéndose.) No, nada, amigo mío... Gracias, muchas gracias.

PAL. ¿De modo que no me guardareis rencor por la herida?

LAU. ¿Rencor?... (¡La herida la siento en mi honra!) (Oyese ruido de cornetas.) ¿Qué ocurrirá?

PAL. Su alteza el príncipe Murat. (Vase al cuerpo de guardia.)

LAU. ¡Ah! ¡Murat! ¡La Pátria!... ¡La Pátria me demanda! Conde de Launar, cumple ahora como español; después cumplirás como caballero.

ESCENA VII

DICHOS, MURAT (1), AYUDANTES, OFICIALES y EL MAYOR

MAYOR (Sale para incorporarse á Murat. Los soldados de la guardia forman y presentan las armas, y los tambores

---

(1) En los teatros donde los escenarios lo permitan, el general Murat y sus ayudantes deben salir á caballo y precsdidos de dos batidores á caballo también.

y clarines baten marcha, terminando el sonido cuando Murat llega al primer término.) ¿Tiene algo más que comunicarme Vuestra Alteza?

MURAT Nada, coronel; lo que tengo mandado. Que se redoble la vigilancia. El populacho está intranquilo, y es necesario no dejarse sorprender. Que salgan los soldados de sus alojamientos esta misma noche, y se incorporen á sus respectivas divisiones.

MAYOR Está bien, mi general.

MURAT Al toque de diana, que ocupen las fuerzas los puntos convenidos. La Junta Suprema, en sesión que ahora ha terminado, y á la cual he asistido, ha acordado la salida de los infantes.

MAYOR ¿Sin protestas?

MURAT Alguien hubo que trató de oponerse... y pidió... nada menos que la declaración de guerra á Napoleón... ¡Insensatos!

MAYOR
OFIC. } ¡Já! ¡já! ¡já!...

LAU. Pelearemos sin declarar la guerra. ¡Ya veremos quiénes son los insensatos! (Los grupos de manolos habrán ido aproximándose á Murat, y al pronunciar aquél las últimas palabras se oyen rumores.)

MURAT ¿Qué es eso?... A ver, Mayor: ordenad al instante que se disuelvan los grupos, y si resistieran, emplead la fuerza.

AGUAD. ¡Agua! ¡Agua fresca! (Con mucha sorna.)

MELLADO Sí, Curra, sí; agua fresca y con panal, que dulcifica la sangre.

MURAT Adios, coronel; hasta luego, que recibireis las últimas instrucciones.

MAYOR A las órdenes de Vuestra Alteza.

LAU. Yo también voy á dar las mías. ¡El honor, la felicidad!... ¡Todo por España! (Marchándodose. Al marchar Murat, los soldados de la guardia presentan las armas, y baten marcha los tambores. Las patrullas disuelven los grupos.—Cuadro.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Sala en el palacio del conde de Launar; muebles lujosos de la época. —Tapices y retratos de familia en las paredes; grandes cortinajes, en los huecos panoplias, etc.—Puerta al foro que dá á una antecámara, que estará iluminada.—A uno de los lados puertas que conducen á las habitaciones de la condesa; y en el opuesto, chimenea de campana.—Mesa con recado de escribir, candelabros, etc.—Al levantarse el telón, la doncella de la condesa y un criado se hallarán encendiendo las luces.

ESCENA PRIMERA

ISABEL y FRANCISCO

FRAN. Mucho tarda la señora condesa.

ISABEL Estará en la novena, y sin duda, la plática del padre Cleto, habrá sido más larga que de costumbre.

FRAN. ¡La novena! No creo yo á la señora condesa muy dada á las novenas.

ISABEL No seas murmurador.

FRAN. ¿Crées que le importan mucho las prácticas religiosas?

ISABEL Sí, lo creo.

FRAN. Pues, yo no. Es francesa, y á mí no me pasa de aquí. No sé cómo el señor conde, á sus años, fué á encandilarse con esta extranjera.

ISABEL El señor tiene un corazón todo bondad y se compadeció de ella; huida de su patria y perseguida por los descamisados é impíos

revolucionarios de su pais, que no creen en Dios, y se atrevieron á asesinar á un rey.

FRAN. ¡Bien lo merecen algunos! Sobre todo, cuando dejan que mande otro, como ha pasado aquí, con ese miserable favorito de Godoy.

ISABEL Calla, Francisco, ¿qué sabemos nosotros de eso?

FRAN. Silencio; la señora. (Se retira á la antecámara, viendo aparecer á Raquel por la puerta del foro.)

ESCENA II

DICHOS: RAQUEL al entrar se quitará la mantilla, que dejará sobre uno de los muebles

RAQ. ¿Ha venido don Carlos?

ISABEL No, señora condesa.

RAQ. ¿Qué hora es?

ISABEL Las siete y media.

RAQ. (No le he visto durante el día.)

ISABEL ¿Manda algo más la señora condesa?

RAQ. Nada, vete. (Al marcharse Isabel, vé á Carlos que llega á la antecamara.)

ISABEL Don Carlos de Vargas.

RAQ. (¡El! Ya era tiempo.)

ESCENA III

ROQUEL y CARLOS. Este entra pálido y agitado, en la antecámara habrá dos criados de librea, teniendo necesidad de decir esta escena á media voz para que se suponga que no oyen los criados la conversación

RAQ. ¿Qué te sucede? ¡Estás pálido!

CAR. No... no tengo nada...

RAQ. ¿Esa herida?

CAR. No tiene importancia.

RAQ. ¿A ver?

CAR. No temas, es un ligero rasguño.

RAQ. ¿Y ese soldado, podrá?...

CAR. Habla bajo: descuida, estaba borracho. Por él no tengo cuidado alguno. (Agitado.) El Conde se halla en Madrid.

RAQ. ¿En Madrid?

CAR. ¡Sí!

RAQ. ¿Por qué no habrá venido á casa?

CAR. Ha llegado esta mañana con objeto de asistir á la Junta Suprema, cuya reunión era importantísima.

RAQ. Con él vuelven nuestros sobresaltos... Esto no es vivir.

CAR. Tienes razón, y aún mejor dijeras que es vivir muriendo.

RAQ. En cuanto á él, estoy seguro qne se perderá y nos perderá. Metido en conspiraciones, llena siempre esta casa de gentes sospechosas.

CAR. Calla, desgraciada; si te oyesen...

RAQ. ¿Qué me importa?

CAR. Entonces le perderías, de seguro, y con él á otros muchos.

RAQ. ¿A quién? ¡Tú no eres de esos!... ¡Tú no conspiras! ¿Verdad?

CAR. ¿Yo? ¡Qué idea!

RAQ. Entonces, ¿qué me importan los demás?

CAR. Raquel, por Dios, no digas tales cosas. Algunas veces llegas á inspirarme miedo.

RAQ. Todo es preferible á esta vida de angustias y sobresaltos. Hay que tomar una resolución; no podemos seguir así más tiempo.

CAR. ¿Y qué resolución hemos de tomar?

RAQ. ¡Cualquiera, antes que soportar este suplicio!

CAR. No hay más remedio que fingir, que seguir mintiendo...

RAQ. Yo no puedo más, y si me amas... (Con gran pasión.)

CAR. ¡Te amo más que nunca! ¿Crees que si no te amara, podría resistir esta vida de remordimientos y de traiciones? ¡Ah! Mi sacrificio es mayor que otro alguno; mis tormentos inacabables; las torturas de mi alma agotan las fuerzas de mi cuerpo. Ya no es posible continuar este martirio. ¡Engañar á mi amigo... á mi protector... casi á mi padre!... A un hombre cuyas virtudes admiro... ¡Soy un miserable!

RAQ. ¡Carlos!... ¡Tú no me amas!...

CAR. ¡Ingrata! ¿Por quién he sacrificado cuanto un caballero puede sacrificar?... ¡Honor... lealtad... hasta la estimación propia. Todo... todo... hasta la salvación de mi alma.

RAQ. ¡Calla!... ¡Calla!... Repito que no me amas. ¿Olvidaste ya tus juramentos? ¿Te cansan tal vez mis caricias? ¿Sientes acaso remordimientos por esta pasión que me arrastra hacia tí con invencible fuerza? ¡Pues es que no me amas, Carlos, como en otros días en que no te asaltaban esos escrúpulos! ¡Cuando el amor llena las almas, no queda en ellas lugar para el remordimiento!

CAR. No es eso, Raquel... Tú no me comprendes... no quieres comprenderme. Yo te amo, pero siento el grito inexorable de la conciencia.

RAQ. Pues bien; no quiero que vivas con más torturas. ¡Déjame!

CAR. ¡Dejarte! ¿Dejarte, Raquel? ¡Ah! No... jamás. Antes la muerte.

RAQ. ¡Carlos de mi alma! (Con pasión.)

CAR. Mas bajo. (Mirando con desconfianza hacia las puertas.)

RAQ. ¡Huyamos!

CAR. ¿Huir?

RAQ. Sí, esta misma noche.

CAR. ¿Has olvidado que soy militar? ¿Que debo á mi patria el sacrificio de mi vida, y que no puedo abandonarla en tan críticos momentos, sin que el infamante estigma de la cobardía caiga sobre mi nombre?

RAQ. ¡La patria! ¡La patria! Para nosotros no hay más patria que aquella en que podamos amarnos libremente.

CAR. (Observando que se acercan, y separándose del lado de Raquel.) ¡Silencio!

ESCENA IV

DICHOS é ISABEL

ISABEL ¡Señora Condesa! Pedro Carrasco pide licencia para entrar. Dice que trae una noticia desagradable y urgentísima.

CAR. ¿Desagradable?

RAQ. Díle que pase. (Vase Isabel.)

CAR. ¿Qué será?

RAQ. No acierto.

ESCENA V

DICHOS y PEDRO CARRASCO

PEDRO (Entrando impaciente.) El Señor Conde... (Se detiene.)

RAQ. ¿Qué le ha sucedido?

PEDRO ¡No se alarme su excelencia!

CAR. ¡Habla pronto!

PEDRO El señor Conde ha sido detenido en la Plaza Mayor, al salir de la Junta.

RAQ. ¿Detenido? ¿Por orden de quién?

PEDRO ¡Por orden de ese miserable, que Dios confunda! ¡Por orden del General Murat!

CAR. ¿El Conde en poder de sus enemigos? ¡Vamos, hay que salvarle á todo trance! (Cuando van á marchar, Raquel se aproxima á Carlos, y dice en voz baja.)

RAQ. ¿Dónde vas?

CAR. ¡A salvarle!

RAQ. ¿Y si te pierdes con él?

CAR. ¡Qué importa! ¡Su salvación es necesaria aun á costa de mi vida! Cumplo con ello mi deber... (Bajo á Raquel.) y el tuyo también.

RAQ. ¡Carlos!

PEDRO (Desdo la puerta.) ¡El señor Conde!

CAR. (Con gran alegría.) ¡Gracias á Dios!

ESCENA VI

DICHOS y EL CONDE DE LAUNAR

LAU. ¡Carlos! ¡Hijo mío! (Mirandole.) (¡Ella!) (Al reparar en Raquel.)

RAQ. (Con gran aplomo.) Carrasco acababa de darnos la noticia de vuestra prisión.

LAU. Tranquilízate, estoy libre.

RAQ. He pasado un horrible momento. Estuve á punto de desfallecer.

CAR. La emoción...

RAQ. La alegría al veros...

LAU. (¿Habrá mentido aquel soldado?)

RAQ. Pero ¿qué ha sucedido?

LAU. Una denuncia falsa. Ya te he dicho que puedes tranquilizarte. Estoy ya libre, entre vosotros, y sin peligro alguno. Ahora déjanos solos; tengo que hablar dos palabras con Carlos.

RAQ. Hasta después, esposo mío. (Sale por la puerta de la izquierda.)

ESCENA VII

EL CONDE DE LAUNAR, CARLOS y PEDRO

LAU. (Después de seguir con la mirada á Raquel, á quien acompaña hasta la puerta de su habitación.—Vuelve al lado de Carlos.—Pausa.) (¿Será posible?) ¡Carrasco, cierra esa puerta y procura que nadie nos oiga!

PED. Voy al momento. (Cierra la puerta y queda en el foro.)

LAU. (A Carlos.) No hay un minuto que perder ¿Has hablado con tus compañeros?

CAR. Sí, señor; todos se hallan dispuestos á secundarnos.

LAU. Hay que contar conque la Junta, bajo la presión de Murat, ha acordado indignamente que las tropas españolas permanezcan encerradas en los cuarteles.

CAR. ¡Miserables!

LAU. Se han comunicado al ministro de la Guerra instrucciones para que haga conocer el acuerdo en la orden del día.

CAR. Esa es una nueva contrariedad, porque sin duda no ocupará ya mi batallón el lugar que tenía designado.

LAU. Es necesario evitarlo.

CAR. Me ocurre una idea. Voy al palacio del General Murat.

LAU. ¿Tú?

CAR. Sí; le he prestado un servicio de esos que no se olvidan jamás. Hoy pediré la recompensa. La causa que me impulsa, es la más noble.

LAU. Pero procura que nada sospeche. Es muy astuto y mira con recelo cuanto se refiere á los españoles.

CAR. Nada temáis. (Ya he aprendido á ocultar la verdad en el fondo de mi pecho.) ¿Y vuestras gestiones?

LAU. Han salido mejor que esperaba.

CAR. ¿Y la hora?

LAU. Esta madrugada.

CAR. ¿El lugar de la cita?

LAU. En el convento de los Jerónimos. Adiós, pues, Carlos, hijo mío. El cielo haga que triunfes en la empresa que te propones, y que es santa por la causa á que se consagra..

CAR. Adiós, señor Conde. Hasta luego. Bendita la hora en que llega la redención para la patria... (¡Y bendito sea mi sacrificio si redime mi culpa!) (Al salir por la puerta del foro se despide de Pedro.) Adiós, Carrasco.

PED. ¡Adiós, mi capitán, y buena suerte!...

ESCENA VIII

DICHOS, menos CARLOS, á poco RAQUEL

LAU. Oye, Carrasco, los momentos son supremos

PED. A mí ya me hierve la sangre. (Raquel se asoma por detrás del tapiz que cubre la puerta de su habitación.)

RAQ. (¿Se habrá marchado Carlos? Sin duda; no está.)

LAU. Las disposiciones todas están tomadas. Si nosotros pudiéramos reunir en el Convento de los Jerónimos las gentes, cuya lista te entregué, mucho habíamos adelantado. Las tropas nos secundarán seguramente, y entónces los franceses serán vencidos y Murat nuestro prisionero.

RAQ. (¿Qué está diciendo?)

PED Lo que es acudir, señor Conde, no lo dude su excelencia, acudirán. Apenas he puesto buenos lebreles en la pista; y en cuanto al Prior, ese se juega la cabeza muy á gusto.

LAU. No basta, no. Hay que preverlo todo. Sin nosotros, sin los jefes de los regimientos que guarnecen Madrid, la insurrección abortará de seguro. Distribuye las gentes en los sitios convenidos.

PED. Así se hará.

LAU. Pero que nadie se mueva hasta oír la señal.

PED Descuidad.

RAQ. (¡La señal!...)

LAU. Ten presente, que en los primeros momentos hay que acudir á los cuarteles á sacar las tropas.

PEDRO Está bien.

LAU. En cuanto á los oficiales franceses, que se encuentren por la calle...

PEDRO Sí... ¿los enviamos al otro barrio?

LAU. No; nada de asesinatos. Detenedlos.

PEDRO Bueno... ¿Y si resisten?

LAU. Si resisten... ¡os defendeis!...

PEDRO Corriente... (Resistirán.)

LAU. Nada más. Déjame. Vuelve pronto, para que preparemos lo más urgente.

PEDRO En seguida.

LAU. Y mucha prudencia.

PEDRO Descuidad.

LAU. Ten en cuenta que de esto no hay que hablar á nadie.

PEDRO Ya sé, señor Conde, que en este drama los papeles son mudos; pero tienen en cambio mucha mímica.

LAU. Es que ni á tu propia mujer.

PEDRO Toma, á ella menos que á nadie... ¡pues apenas es habladora la pobrecita! (Vase).

ESCENA IX

EL CONDE DE LAUNAR y á poco RAQUÉL

LAU. Primero, los deberes que el patriotismo me imponía; ahora, los que reclama mi honor... (Llamando.) ¡Raquel! (Raquel, que se habrá separado del tapiz al terminar la escena, procura retardar la contestación.) ¿Se habrá retirado á descansar? ¡Tan temprano! Yo no puedo continuar atormentado por esta zozobra. (Se dirige á la puerta de las habitaciones de Raquel.) ¡Raquel! (Llamando nuevamente.)

RAQ. ¡Señor!... (Apareciendo.)

LAU. Condesa... tengo que hablarte.

RAQ. ¿Tenéis que hablarme?

LAU. ¡Sí!... De un asunto gravísimo.

RAQ. ¿De qué se trata? Por el acento parece que os halláis conmovido y emocionado.

LAU. ¿No ha ocurrido nada extraordinario durante mi ausencia?

RAQ. No; nada.

LAU. ¿Vino alguien anoche á buscarme?

RAQ. Nadie.

LAU. ¿Estás segura?

RAQ. ¿Qué quereis decir? (Con altivez.)

LAU. No trato de ofenderte... Pero, ¿y si alguien afirmara lo contrario?

RAQ. ¡Mentiría! (Algo agitada.)

LAU. (¡Tal firmeza!... ¿Acaso será un impostor aquél soldado?) Hay quien asegura que un hombre salía de tus habitaciones.

RAQ. (Con gran agitación.) ¡Falso!... ¡Mentira!...

LAU. (¡Se inmuta!) No te exaltes. Perdona que insista. Se trata de mi honor, y es necesario averiguar la verdad.

RAQ. Ignoro cuanto decís... Quizás recibiera á ese hombre alguna de mis doncellas.

LAU. ¡No es posible!

RAQ. ¿Por qué?

LAU. Porque dijo al marcharse: retiraos Condesa.

RAQ. (Fuera de sí.) ¡No es cierto!

LAU. ¡No basta esa negativa! La frase se ha oído, y es necesaria una terminante explicación.

RAQ. ¡No doy ninguna! ¡Basta mi palabra!

LAU. ¡Un hombre de honor lo afirma!

RAQ. ¡Ese hombre miente! (Con gran exaltación).

LAU. ¡La sinceridad de su declaración, la honradez de su propósito... le dan fuerza!...

RAQ. ¡Ese miserable polaco ha mentido! (En el colmo del furor.)

LAU. ¡Ah, infame, te has vendido! ¿Quién te dijo que era un polaco?

RAQ. (¡Estoy perdida!...)

RAQ. ¡Responde!...

RAQ. (Dudando.) ¿Quién?

LAU. (Cada vez más amenazador.) ¡Pronto!...

RAQ. Vos mismo... ahora...

LAU. ·Mientes, miserable!

RAQ. Lo habéis dicho.

LAU. ¡No... yo no! Tu delito te vendió.

RAQ. Sea... no finjo más.

LAU. ¿Al fin confiesas?

RAQ. ¡Sí, confieso! Me habéis obligado á declararlo y yo no niego más.

LAU. ¿Ni siquiera muestras el pudor de defenderte?

RAQ. No cometo la nueva indignidad de mentir. La franqueza es ya mi única honradez... Soy culpable.

LAU. ¡Culpable! ¡Debí sospechar esta traición! ¡Perteneces á esa raza que oprime á los pueblos y los encadena al carro del conquistador; circula por tus venas sangre de traidores y de malvados! ¡Debí haberlo comprendido!... ¡Yo solo tengo la culpa!

RAQ. Prefiero la muerte á sufrir vuestros insultos... No quiero mentir más. He deshonrado vuestro nombre y merezco morir... Lo reconozco... ¡Matadme!...

LAU. ¡Tal premio otorgaste á mis beneficios! Aquella joven abandonada, que yo recogí de la miseria y elevé hasta mí; aquella mujer,

desterrada de su país, con la que compartí nobleza, honores, dignidades y rango, lo arroja todo en la sima del desprecio y de la abyección. ¿Puede caber, Dios mío, tanta maldad en el corazón de una mujer?

RAQ. Soy vuestra esclava. ¡Disponed de mi vida!

LAU. (Con voz terrible.) Antes el nombre de tu cómplice.

RAQ. Ese nombre, jamás.

LAU. El nombre, el nombre... ó juro á Dios que no respondo de mí. (Yendo hacia ella.)

RAQ. Heridme sin piedad. Debeis matarme. Pero el nombre que me pedís, no saldrá nunca de mis labios. ¡Nunca!... ¡Nunca!...

LAU. He de arrancarlo de tu garganta, de grado ó por fuerza. (Cogiéndola las manos y apretándolas.)

RAQ. Me estais maltratando. Matadme de un solo golpe, pero no me maltrateis.

LAU. ¡Tu infamia, tu deslealtad, me han hecho olvidar los deberes de caballero!... ¡Ese nombre!... ¡Ese nombre!...

RAQ. Inútil empeño. Jamás he de pronunciarlo.

LAU. ¿Te obstinas en callar?

RAQ. Sí.

LAU. Es preciso que yo lo sepa. (Apretándola.)

RAQ. Me haceis daño. Pero estoy dispuesta al tormento, si al tormento me someteis... á la muerte, si matarme os place... antes que ese nombre que me pedís llegue á vuestros oidos.

LAU. No importa tu silencio. El villano lleva una marca impresa por el hierro del extranjero... En la mano derecha está la huella de su crimen.

RAQ. (¿En la mano? ¿Qué es lo que dice?)

LAU. Sí; lo sé todo... y aunque se oculte en lo más profundo de los infiernos, lo descubriré.

RAQ. (¡Gran Dios! ¡Lo sabe todo!)

LAU. Tu precaución es inútil; tu sacrificio estéril. Lo encontraré, y toda su sangre no ha de bastar para que sacie mi venganza. Primero él; después tú.

RAQ. (Con resolución.) (¡Es necesario impedir que le vea... cueste lo que cueste.)

PEDRO (Llamando y golpeando en la puerta del foro.) ¡Señor Conde!...

LAU. (¡Ah! El aviso...) Necesito del tiempo... Patria, he de consagrarte todavía mi esfuerzo. ¡Sí, sí... otro deber más imperioso me llama! ¡Mi venganza puede esperar!... Es preciso que salga de aquí.

RAQ. (Suplicante.) ¡Perdón!

LAU. (Con gran solemnidad.) Escucha. ¡Dentro de mi alma sólo queda vivo un sentimiento, que eres incapaz de comprender, y que me obliga á sofocar en este instante los anhelos de venganza! (Agarrando á Raquel y terriblemente.) ¡Pero tiembla, tiembla infame!... ¡y tiemble también tu cómplice!... ¡ambos sentireis el peso de mi furia! ¡Ahora, la patria!

RAQ. No saldréis de aquí sin que caiga sobre mí toda vuestra cólera... pero sobre mí, que soy la única culpable.

LAU. No habrá perdón para nadie.

RAQ. Pues no saldréis. (Cogiéndolo y abrazándolo.)

LAU. ¡Aparta... aparta! (Luchando con ella.) ¡Tu cómplice morirá primero, y después tú!

RAQ. (Con acento terrible.) Mirad lo que hacéis antes de abandonarme.

LAU. ¡Vil francesa... al lódo! (La arroja y sale por el foro.)

ESCENA X

RAQUEL

¿Morir él? ¡Carlos mío! ¡Jamás... jamás! Es preferible que se pierdan todos... sí... se perderán, y con ellos mi alma. (Con resolución.) ¿Me ha llamado vil francesa? Lo seré. Cometeré la última indignidad... (Con acento de dolor, pero resuelta.) ¡Señor, tú que lees en mi corazón, sabes que la cometeré por salvarle! ¡Sobre todo su salvación, aunque sea á costa de mi vida! (Coge la mantilla y sale por el foro precipitadamente.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Salón en el palacio del Almirantazgo, residencia de Murat.—Al fondo, un retrato de Napoleón I, y á los lados panoplias con armas distintas.--Muebles de la época.—Mesa despacho á uno de los extremos de la habitación y hacia el proscenio.—Puerta á la izquierda, que conduce á las habitaciones de María.—Puerta grande á la derecha, por donde se entra al salón.—Al fondo dos ventanas, que se suponen dán á la calle.—Lámpara colgada del techo con bujias encendidas, y sobre la mesa candelabros con pantalla verde, como de escritorio.—Al levantarse el telón aparece Murat sentado á la mesa de despacho, examinando papeles, y al lado opuesto de la escena, formando grupo, el Mayor Gurssier, y el Ayudante Lafort.

ESCENA PRIMERA

MURAT, MAYOR y AYUDANTES 1.° y 2.°

LAF. (En voz baja.) Mal humorado parece que está el general.

MAYOR No es extraño. El populacho ha recibido con demostraciones hostiles á nuestros valientes soldados.

LAF. ¿Y por qué no se ha lanzado sobre él un escuadrón de polacos?

MAYOR ¿Para qué? No han de faltar ocasiones en qué hacerlo.

MURAT (Llamando.) ¡Mayor!

MAYOR A la orden de vuestra alteza. (Acercándose al sitio donde se encuentra Murat.)

MURAT ¿Ocurre alguna novedad?

MAYOR Cosas de poca importancia. Continúan las protestas contra los acuerdos de la Junta, y se observa cierta agitación en los grupos.

MURAT ¡Bah! ¿Quién hace caso de estas gentes? Realistas de un rey fugitivo, son poco temibles en verdad. Me basta para dominarlos un solo regimiento de mis bravos dragones.

MAYOR Cierto.

MURAT Hemos vencido á todos los ejércitos del mundo en campo abierto, y hemos sofocado todas las rebeliones dentro de las ciudades. ¿Cómo ha de hacer Madrid, pueblo degradado y fanático, lo que no se atrevieron á intentar Berlín, Roma y tantas otras capitales? ¡Los que consiguieron tantos laureles en Egipto, no habrán de inquietarse por vanos alardes populacheros! Esto no significa, sin embargo, que hayamos de vivir desprevenidos. Por eso os recomiendo de nuevo la vigilancia. El político y el militar deben precaverlo todo.

MAYOR Está cumplido cuanto ha ordenado vuestra alteza. Los soldados se han incorporado á sus regimientos, y sólo han dejado de hacerlo unos pocos rezagados, entretenidos sin duda en tabernas y garitos.

MURAT Pues hay que castigarlos severamente. No tolero faltas á la disciplina. Bastante se les concede dejándoles cierta libertad en los momentos de lucha.

MAYOR Así se hará.

MURAT He recibido anónimos en que se me habla de conspiraciones fraguadas contra nuestras tropas, y aunque merecen poca atención estos avisos...

MAYOR Invenciones de algunos medrosos.

MURAT Eso creo. De todos modos, hay que estar apercibidos para cualquier eventualidad. (Aparece en la puerta un oficial de órdenes.)

ESCENA II

DICHOS, OFICIAL. A poco UN CORREO

OFIC. ¿Mi general?

MURAT ¿Qué hay?

OFIC. Acaba de llegar un correo extraordinario de Bayona, y pide vuestra venia para entrar.

MURAT Que pase. ¡Por fin tendremos noticias del emperador! ¡Ya era tiempo! (Entra el correo con el traje lleno de polvo. Saluda militarmente y entrega á Murat una cartera, en la que se hallará la correspondencia.) ¿Cuándo saliste de Bayona?

COR. El día veintiocho de Abril.

MURAT ¿Te ha ocurrido alguna novedad en el camino?

COR. Ninguna.

MURAT Está bien. Retírate á descansar. Mañana saldrás para Bayona.

COR. A la órden de vuestra alteza.

ESCENA III

DICHOS, menos EL CORREO. Murat abre la cartera y comienza á romper sobres, y á repasar papeles.)

MURAT Servicio oficial... Gracias y recompensas... (Llamando.) Ayudante Lafort, tomad para el despacho. (Entregándole varios papeles de los recibidos.) Ordenad esos pliegos, y dadme cuenta.

LAF. Ahora mismo. (Coge los papeles y vase.)

MURAT Este es el paquete particular del emperador. (Rompe un sobre, y dentro de él aparecen varias cartas cerradas). Para vos, coronel Gurssier. (Entregándole una carta.)

MAYOR ¡Tanta honra!

MURAT El emperador nos trata más como compañeros de armas, que como súbditos. (El Mayor abre la carta.)

MAYOR «Reservado.»—Veamos. (Mira á Murat, que es-

tará distraido leyendo, y se separa.) «Coronel Gurssier: eres mi antiguo camarada, y en tu »discreción fío. Sigue, pues, teniéndome al »corriente de cuanto ocurra en Madrid, con »la circunspección que acostumbras. Vigi»la á Murat: conozco sus ambiciones, y sé »que más que cumplir mi voluntad, desea »realizar la suya. Yo premio á mis genera»les como me parece: no como ellos sueñan. »Rompe esta carta.—Napoleón.» (Rompe la carta.)

MURAT ¿Qué es esto? ¿El plano de Madrid, con los sitios designados en que he de colocar los batallones, si surge algún movimiento, y hasta instrucciones para el ataque, en caso necesario? ¿Qué significa?... ¿Me cree el emperador algún recluta? Estos entorchados los gané, no sólo por mi valor, sino por mi pericia. (Arroja el plano sobre la mesa con indiferencia.) Veamos ahora la carta. (Leyendo.) «El »príncipe don Fernando ha abdicado la co»rona en su padre, y Cárlos IV ha trasmitido »todos sus derechos á nuestro hermano José. »Esta abdicación pone término al reinado »de los Borbones en España. José reempla»zará á esos reyes degradados. Procura que »el Consejo de Castilla y la Junta Suprema »le ofrezcan la corona. Consigue que el pue»blo no se oponga á mis planes: mucha »energía.» (Deja de leer.) ¡La corona de España para José!.. ¡Otra vez mi sueño desvanecido!... Pero sigamos la lectura.—«En cuan»á tí, elige entre dos tronos: el de Portugal »ó el de Sicilia. Tu hermano—Bonaparte.» (Deja de leer.) ¡Portugal! ¡Sicilia! ¡Dos miserables rincones, le ofrece, á guisa de limosna, á su brazo más poderoso!

MAYOR (Mirando cautelosamente.) (Parece que la lectura no ha sido de su agrado.)

MURAT ¡Cómo ha de ser!

MAYOR ¿Manda vuestra alteza algo más?

MURAT Nada, coronel.

MAYOR ¿Las tropas españolas han de prestar algún servicio?

MURAT Ninguno.

MAYOR Pues me retiro. (Vase.)

MURAT Yo voy á dedicar unos instantes á mi hija. No la he visto desde esta mañana. (Toca la campanilla de la escribanía.) Deseo estar solo, que no se me interrumpa. (Los Ayudantes salen y cierran la puerta.) ¡El trono de España para José! ¡Para su hermano, que no olió jamás el humo de la pólvora! ¡Ea, demos tregua á las ambiciones y olvidemos las ingratitudes!

ESCENA IV

MURAT y MARIA

MURAT (Llamando.) ¡María!

MAR. (Saliendo.) ¡Padre!

MURAT (Abrazándola.) ¡Hija del alma!

MAR. ¡Tantas horas si verte, sin oir tu voz, sin saber de tí! Algunas veces maldigo el poder, que me roba tu cariño, y quisiera que en vez de un príncipe esclarecido fueras un humilde ciudadano, sin más honores ni dignidades que el amor de tu hija. (Abrazándole de nuevo.)

MURAT No digas eso, María. ¡Quiero subir hasta llegar al trono, y no por ambición personal, sino para que ciña tus sienes la corona de una reina! ¡Un reino me parece poco para tí!

MAR. ¡Reino! ¡Corona! ¿Y para qué? Dios sabe que no los ambiciono: todo lo contrario. ¿Hay nada más dichoso que vivir en la obscuridad? ¡Si vieras cuánto me apena oirte hablar de ese modo! ¡Padre mío, yo no sé cómo puedes vivir rodeado de enemigos! ¡Siempre pensando en empresas terribles!..

MURAT Ese es mi destino. Así he de llegar á la realización de mi sueño.

MAR. ¿Sueño? Yo he tenido uno espantoso.

MURAT ¿Un sueño?

MAR. Sí; una verdadera pesadilla: Te ví ocupando un trono, rodeado de esplendores y de riquezas; los súbditos te seguían en brillan-

te comitiva, aclamándote sin cesar. Tu gallarda figura, tu noble presencia, les imponía respeto y admiración á un tiempo; tus soldados se hallaban orgullosos de verte elevado hasta esa altura. Jamás la fortuna mostró un cuadro más encantador.

MURAT ¡María de mi alma!

MAR. De pronto, núblase aquella felicidad. Los súbditos, que te aclamaban sin cesar, solicitaban con horrible gritería tu cabeza. Los soldados, orgullosos antes y dispuestos á defenderte, volvían los fusiles, negándose á la obediencia. Eras preso, encarcelado, y tus jueces los mismos cortesanos que colmaste de honores. Yo permanecía junto á tí, sin abandonarte un sólo instante; pero aquellos infames verdugos te arrancaron de mi lado; me dirigiste una mirada de triste despedida, y ¡qué horror! al poco rato oí las descargas que ejecutaban tu suplicio. ¡Ah! ¡No, no, padre mío! ¡No quiero el poder, no quiero las grandezas, no quiero el trono!

MURAT Tranquilízate, María. Esos son desvaríos pueriles.

MAR. No puedo desechar esos pensamientos.

MURAT ¿Quién hace caso de fantásticos sueños? Precisamente hoy, el emperador me ha ofrecido dos reinos.

MAR. ¿Dos reinos?

MURAT El de Portugal y el de Sicilia.

MAR. No los aceptes.

MURAT Quisiera para tí, hija mía, otro más grande: ¡el de Carlos V!

MAR. Yo no quiero más que tu cariño. (En este momento aparece en la puerta de entrada el Ayudante Lafort.)

ESCENA V

DICHOS: AYUDANTE LAFORT

LAF. (Desde la puerta.) ¡Mi general!...

MURAT (Con mal tono.) ¿Quién? ¿No he dicho que quiero estar solo?

LAF. Perdone vuestra alteza... un capitán español solicita entrar.

MURAT ¿Un capitán español? ¿No le habéis dicho que no recibo?

LAF. Sí, mi general, pero insiste en pasar. Dice que viene por asuntos del servicio.

MURAT (De mal humor.) Que pase. (Levantándose. María permanece sentada.)

LAF. (En la puerta.) Pasad, capitán.

ESCENA VI

MARÍA, MURAT y CARLOS. Este, al entrar, queda á cierta distancia de María y de Murat, que se habrán separado

MAR. (¡Es él!) (Al reparar en Carlos.)

MURAT (Bruscamente.) ¿Qué ocurre?

MAR. (Acercándose á Murat, y con cariño.) Háblale con más dulzura.

CAR. (Sin fijarse en María.) Señor, el ministro de la Guerra ha dispuesto que las tropas españolas permanezcan en los cuarteles, aun cuando se alterase el órden. El deber militar obliga á cumplir ese mandato... pero...

MURAT ¿Qué decís?

CAR. ¡Que la orden es deshonrosa para el uniforme que visto!

MURAT (Enfurecido.) ¿Cómo se entiende?

MAR. (Aparte á Murat, muy dulcemente.) Tiene razón, padre mío; es un hombre de honor.

CAR. Con motivo de esa disposición, ha ordenado vuestra alteza que mi batallón no cubra mañana la guardia de palacio. Si en este servicio hay un honor, nos corresponde ese honor: si hubiera un peligro, reclamo para mi batallón ese peligro.

MURAT (¡Qué audacia!)

MAR. (¡Qué nobleza!)

MURAT (Con energía.) Los servicios los dispongo yo.

CAR. Pero, mi general...

MURAT Retiráos.

MAR. (A Murat.) (No lo despidas de ese modo. Es tan caballeresca su resolución.)

MURAT (A su hija.) Es un enemigo.

MAR. No; es un amigo. Es aquél capitán que acudió en mi auxilio cuando las turbas me injuriaron al volver del Retiro. ¡Cuán noblemente les increpó por insultar á una dama!

MURAT (¿Es éste?)

MAR. (Con dulzura á Carlos.) ¿No os acordáis de mí, capitán?

CAR. (Con fineza, pero con indiferencia.) Perdonad, señorita, no recuerdo...

MAR. (Con amargura.) (Ingrato.) ¿No os acordáis de aquella dama que librásteis del rencor de la multitud?

CAR. ¡Recordaba el hecho! ¡Ah! ¿Erais vos? Perdonad mi falta de memoria.

MURAT (Con ménos altanería.) Capitán, os debo un inmenso favor.

CAR. No hice otra cosa que cumplir un deber. Todo caballero está obligado á amparar á las mujeres.

MAR. (¡Qué corazón mas generoso!)

MURAT Bien, capitán: tenéis mi afecto y os estoy obligado; pero lo que solicitáis es imposible.

CAR. Pensad, general, que la órden arroja una mancha sobre mi batallón.

MURAT Mis disposiciones no se revocan nunca.

MAR. (A Murat con cariño.) ¡Padre mío, concede al capitan lo que solicita! ¡Lo reclama su honor!

MURAT No es posible.

MAR. ¿Por qué? Además, yo te lo ruego. ¡Yo te lo agradeceré con toda mi alma! ¡Recuerda lo que le debemos! (Con zalamería.)

MURAT Séa. Hoy es día de mercedes. (Acercándose á la mesa y escribiendo.) Tomad, capitan; esta es la orden. Agradecedla al interés de aquella por quien intercedísteis caballerosamente.

CAR. Gracias, señorita. ¡El capitán Carlos de Vargas no olvidará nunca esta merced que os debe!

MAR. ¡Carlos de Vargas!...

CAR. A la orden de vuestra alteza, mi general. ¡Señorita!... (Saluda y vase.)

MAR. Adiós. (Siguiéndole con la vista.)

ESCENA VII

MARÍA y MURAT

MURAT ¿Estás contenta, vida mía?

MAR. Siempre que realizas un acto de generosidad, no sabes el placer que experimento.

MURAT Haces mal, sin embargo, en interceder por ellos. Los españoles son nuestros implacables enemigos. Lo fueron siempre. Esta misma tarde recibieron con hostilidad al ejército, y hasta á mí me hicieron soeces manifestaciones.

MAR. ¿A tí?

MURAT Sí, á mí. Ya ves cómo responden á tu compasivo interés.

MAR. Ven en nosotros á sus opresores. Los pueblos, padre, hay que conquistarlos por el amor, no por el espanto.

MURAT ¡Pobre niña! Esa es la política de un ángel. Estamos, por desdicha, en la tierra, y si hubiéramos seguido tu doctrina, no seríamos los señores del mundo. Vaya, retírate; es tarde y debes estar fatigada. (Cariñosamente.)

MAR. ¿Y tú?

MURAT También voy á hacerlo.

MAR. (Abrazándolo.) Hasta mañana, padre mío.

MURAT Adiós. (Vase María.)

ESCENA VIII

MURAT y AYUDANTE LAFORT

LAF. ¿Da permiso vuestra alteza?

MURAT (Con mal tono.) ¿Otra vez? ¿No he dicho que para nadie estoy?

LAF. Mi general...

MURAT Quiero que se cumpla lo que mando.

LAF. Se trata de una señora, que trae el rostro cubierto, y solicita hablar con vuestra alteza.

MURAT ¿Le habéis dicho que no recibo?

LAF. Dice que es francesa y que tiene que hacer importantes revelaciones.

MURAT ¡Tonterías y cuentos de viejas! Estoy cansado de oir fantásticas delaciones. ¿Han venido los últimos partes?

LAF. Sí, mi general.

MURAT ¿Hay novedad?

LAF. Ninguna.

MURAT (Asomándose á una de las ventanas.) Todo está en calma. Los centinelas en sus puestos. Madrid duerme tranquilo. Vamos á hacer lo mismo. (Raquel ha penetrado y oido las últimas palabras de Murat.)

ESCENA IX

DICHOS y RAQUEL

RAQ. ¿Y quién responde á vuestra alteza de que podrá dormir tranquilo?

LAF. ¡Qué atrevimiento!

MURAT ¡Qué osadía!

RAQ. (A Murat.) Tengo que hablaros, pero á vuestra alteza solo.

MURAT ¡Cuidado con que me robéis el sueño sin una causa grave!

RAQ. No os arrepentiréis de oirme.

MURAT Está bien. (Al Ayudante.) Salid un momento. Que no se retire el Mayor. (Vase el Ayudante.)

ESCENA X

RAQUET y MURAT

MURAT Acabemos. Hablad.

RAQ. Un hombre á quien amo, se halla en peligro de morir á manos de otro hombre, y vengo á salvarle.

MURAT ¿Y qué me importan vuestros amores? ¿Para eso me habéis molestado? (Con mal tono.)

RAQ. Mi amor va esta vez unido al interés de la Francia, donde nací.

MURAT No comprendo... Hablad, hablad pronto.

RAQ. Se trata de un complot para arrojar de Madrid á los franceses, y quizá para atentar contra la vida de vuestra alteza.

MURAT Otra de tantas novelas.

RAQ. No, monseñor; el asunto es serio. He tenido ocasión de ver á los conspiradores.

MURAT ¿Vos?... ¿Y por qué medio?

RAQ. ¿Qué os importa el medio si os doy el aviso? Es gente poderosa que cuenta con recursos, con relaciones en las tropas españolas. (Murat oye atento.) Jefes del ejército de guarnición en Madrid y en las inmediaciones, se hallan comprometidos. Hace días que se reunen, que se conciertan, que se disponen á la lucha.

MURAT ¿Dónde?

RAQ. No necesitáis saberlo. Esta misma noche los he visto, he oído sus proyectos, he presenciado sus deliberaciones. Jamás hubiera salido de mis labios una palabra que los comprometiera... pero la vida de aquél á quien amo...

MURAT ¡Otra vez el amor! (Con muy mal tono.) Ya os he dicho que vuestros amores me son indiferentes.

RAQ. Tened en cuenta que á mí es lo único que me interesa; y si doy este paso es tan sólo por la salvación de mi amante. (Con gran vehemencia.)

MURAT (Con interés.) ¿Conocéis sus proyectos? ¿Sabéis sus nombres?

RAQ. Sí, monseñor.

MURAT Un momento. (Abre la puerta y llama.) ¡Mayor Garssier, ayudante Lafort!

RAQ. ¿Qué hacéis?

MURAT Disponer lo necesario y consignar vuestra denuncia.

RAQ. Sea como querais. (Estoy dispuesta á todo. Lo importante es salvar á Carlos.)

ESCENA XI

DICHOS, MAYOR y AYUDANTE

MAYOR (Entrando.) Mi general...

MURAT (Al Mayor.) ¿No me decíais hace un momento que no ocurría novedad?

MAYOR Y así es.

MURAT Pues acaban de denunciarme una basta conspiración.

MAYOR ¿Es posible?

RAQ. Tan posible que estallará esta madrugada.

MAYOR En vuestra imaginación, tal vez.

RAQ. No es á vos á quien trato de convencer.

MURAT Puesto que tenéis tal certeza, comunicadnos los detalles.

RAQ. Esta madrugada se reunirán en el convento de los Jerónimos los jefes de la insurrección. Allí acudirán todos los conjurados; de allí se dirigirán á sacar las tropas españolas de los cuarteles.

MURAT (Preocupado.) ¿Las tropas? Eso es más grave.

RAQ. A una señal convenida, grupos de hombres armados tienen orden de detener á los oficiales franceses al salir de sus alojamientos... y de matarlos si se resisten.

MURAT ¡Miserables! ¿Qué señal es esa?

RAQ. No la dijeron.

MURAT ¡Villanos! Por eso sin duda han venido á arrancarme una orden para el relevo de la guardia de palacio.

RAQ. Alguno de los comprometidos, monseñor.

MURAT ¡Vive Dios, que he de castigar al osado!... Escribid, Mayor. (El Mayor se sienta disponiéndose á escribir. A Raquel.) ¡Los nombres!

RAQ. (Como arrepentida de la delación.) (¿Que es lo que he hecho, Dios mío? ¡Es horrible!.. ¡Yo convertida en una vil delatora!...)

MURAT (Encolerizado.) ¡Pronto, los nombres!

RAQ. Allí los conocereis.

MURAT ¡No, ahora mismo!

RAQ. (¿Por qué he cometido esta infamia?) Dejádme marchar. (Hace ademan de salir.)

MURAT (Cogiéndola fuertemente por un brazo.) Es tarde para el arrepentimiento.

RAQ. ¡Soltadme!

MURAT (Furioso.) ¡Los nombres, repito! Además, sois francesa, y el deber os obliga á salvar á nuestros compatriotas de tan indigna traición... El nombre del jefe.

RAQ. ¡No!

MURAT ¡El nombre... ó no respondo de mí! (Sacudiéndola y haciéndola doblar la rodilla.)

RAQ. ¡Yo os lo diré!

MURAT ¡Al instante!

RAQ. El Conde... (Vacilando y oyendo todos con gran ansiedad.)

MAYOR ¡Sí! ¿El conde de Launar?

RAQ. ¡Ese! (Con voz apagada.) (¡Oh, Dios mío!)

MAYOR El que denunciaban en el anónimo.

MURAT Anotadlo. (Al Mayor.) ¿Los demás?...

RAQ. ¡Si los demás no amenazan la vida de mi amante!

MURAT ¡Pero amenazan el honor de la Francia, que importa más que todos los amores de la tierra! ¡Los demás nombres!

RAQ. ¡Ah! ¡Perdonadme, monseñor! ¡Esto es infame!... ¡Ya no podré ni salvar mi alma!

MURAT (Arrojándola al suelo.) ¡Por última vez!... Los nombres, ó juro por mi vida que no volveis á ver á vuestro amante!

RAQ. (Con desfallecimiento.) Pedro Carrasco. (Murat le hace seña al Mayor para que escriba.)

MURAT Continuad.

RAQ. El Prior de los Jerónimos.

MURAT ¿Hay más?

RAQ. No he oído más nombres. (¡Soy una mujer indigna!)

MAYOR (Levantándose.) Corro á detenerlos.

MURAT No, coronel. Yo dispondré lo que haya de hacerse.

LAF. ¿Y el capitán?

MURAT En cuanto á ese, hay que prenderle y fusilarle inmediatamente por el engaño. Mayor, extended en el acto la orden de prisión del capitán Carlos de Vargas.

RAQ. (Desesperada.) ¿Qué habéis dicho? (Fuera de sí.) ¿Carlos de Vargas?... ¿Era él?

MURAT ¡Sí, el miserable que hace pocos instantes vino á sorprender mi buena fé!

RAQ. (Con terror.) ¡El!... ¡Era él!... ¡Y yo le he perdido! ¡El cielo castiga mi perfidia!... ¡No, no puede ser!... ¡Sería horrible, espantoso. Voy á salvarle! (Yendo desesperadamente hacia la puerta.)

MURAT (Deteniéndola.) ¡Vos no podéis salir de aquí!

RAQ. (Con fiereza.) ¡Dejadme marchar! ¡Quiero salvarle! (Forcejeando con Murat.) ¡Apartad, apartad!... ¡Sois implacable! (Transición.—Cayendo de rodillas á los piés de Murat y abalanzándose á él.) ¡Perdón... perdón para él!... ¡Yo no puedo ser causa de su muerte! ¡Es mi único amor! ¡Qué mueran todos... todos, y yo también... pero él no... él no puede morir! ¿Verdad que no morirá?

MURAT ¡Rogad por su alma! (La arroja al suelo apartándola de sí, y sale con el Mayor y el Ayudnnte, cerrando con llave la puerta.)

ESCENA XII

RAQUEL

RAQ. (Incorporándose y casi arrastrándose.) ¡Se van!... ¡Me dejan sola!... (Gritando, va á la puerta y empuja con violencia.) ¡Ah! ¡Cerrada! (Sollozando.) ¡Carlos mío! ¡Yo soy la causa de su muerte... ¡Ah! ¡Pero esto no puede ser... no será! (Con gritos desesperados.) ¡Socorro... favor... socorro!... (A los gritos sale María.)

ESCENA XIII

RAQUEL y MARÍA

MAR. (Saliendo azorada.) ¿Qué significan vuestros lamentos? (Reparando en Raquel.) ¿Y mi padre? ¿Dónde está mi padre?

RAQ. ¿Es acaso vuestro padre el general Murat?

MAR. ¡Sí!

RAQ. ¡El cielo os envía! (Arrojándose á los piés de Ma-

ría.) ¡La vida de un hombre!... ¡Se han marchado, dejándome encerrada para que no pueda salvarle!

MAR. ¿A quién?

RAQ. ¡Al capitán Carlos de Vargas!

MAR. ¿Al capitán? ¡Imposible!...

RAQ. ¡Yo tengo la culpa! Yo le he perdido. ¡Seré la causa de su muerte! ¡Salvadlo, salvadlo! ¡Por lo que más queráis en el mundo!...

MAR. ¡Pediré su perdón... sí!... ¡Le salvaré!... ¡Le salvaré!

RAQ. ¡Quizá sea tarde cuando lo intentéis!... ¡Vamos al punto!

MAR. ¡Vamos... vamos por su perdón y por su vida!

RAQ. ¡Bendita, bendita seáis! (Besándola las manos.—Salen.)

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

Interior del claustro de los Jerónimos, con arcadas y columnas del mismo orden arquitectónico que tiene el convento de Madrid, hoy en ruinas. Escalera grande de piedra á uno de los lados, arrancando del proscenio y apoyada en un claustro practicable que se extenderá al foro de extremo á extremo de la escena, y como de dos metros de ancho, guardando el mismo orden de columnas y arcadas que en el resto del patio. A la derecha de ese claustro practicable, la puerta que va al foro, y frente á ella se supone la continuación de la galería y de las celdas. En el patio, ó sea en la parte baja de la escena, puerta grande á la derecha, debajo de la escalera que conduce á la iglesia. Frente al público, puerta pequeña que conduce al campanario; y á la izquierda, en primer término, puerta grande con cerrojo y ventanillo, que se supone dar al campo, y ser la de entrada al convento. Por las arcadas se distinguirá la luz de la luna. La escena comienza en las primeras horas de la madrugada, é irá amaneciendo poco á poco con el objeto de que sea totalmente de día al llegar al último tercio del acto. Al levantarse el telón, la escena se hallará completamente sola durante algunos minutos, oyéndose á lo lejos las armonías del órgano y las voces de la comunidad entonando el canto de maitines.

ESCENA PRIMERA

PEDRO. á poco EL LEGO. Pedro Carrasco entrará por la puerta que dá al campo, abriendo el postigo con llave, que llevará consigo, y volviendo á cerrar después de haber entrado.

PED. (Después de mirar y recorrer la escena.) Nadie... (Echando una mirada al pie de la escalera.) Están en el coro. Estos frailes no perdonan la mú-

sica ni aun en los momentos más solemnes. (Acercándose á la puerta pequeña del campanario.) ¡Eh!... ¡Arriba, perezoso! ¡Ya es hora! Parece que me han oído. (Sale por dicha puerta el Lego.)

LEGO ¿Quién llama?

PED. Un cómico; como quien dice, un excomulgado.

LEGO Va de retro. ¡Satanás!

PED. ¡No tanto, hombre, no tanto!

LEGO ¡Carrasco!... ¿Eres tú?

PED. En cuerpo y alma. Veo que no te descuidas. Bajas del campanario, y supongo que habrás afirmado las cuerdas para suene bien la señal.

LEGO Por eso, tranquilizáte; sonará.

PED. Ya lo sabes: en el momento preciso, darás las nueve campanadas.

LEGO Ya me ha enterado el padre Prior.

PED. Los amigos que hay apostados en Atocha y en el Retiro, esperan esa señal para marchar al sitio convenido.

LEGO Ya lo sé. El repique no faltará, porque ese es mi fuerte.

PED. Anda, avisa al Prior, que se va haciendo tarde.

LEGO Ahora es imposible. Está con la comunidad en el coro.

PED. Que se deje el coro. Hoy no es día de cánticos, sino de pelea.

LEGO ¡Jesús nos valga! A mí me tiemblan las carnes sólo de pensarlo; y cree, amigo Carrasco, que no me llega el hábito al cuerpo.

PED. Deja los temblores para mejor ocasión. Hoy hay que ser valientes á la fuerza.

LEGO ¡Qué va á ser de nosotros, Dios mío!

PED. Todo lo más que puede suceder es que te den un linternazo, ó que te envien al otro mundo.

LEGO ¡Ave-María Purísima!

PED. No seas posma, y llama al Prior.

LEGO Ya te he dicho que están entonando maitines. ¿No los oyes?

PED. ¡Basta de *maitinear!* Ya oigo el ruido; pero lo

único que interesa hoy es escuchar el ruido de la fusilería.

LEGO ¿Pero es que tú vas también á hacer fuego?

PED. ¡Me gusta la pregunta! ¿Crees acaso que me meto en estos jaleos para darles aljolí y roquillas á los franceses? ¡Mucho plomo y mucha pólvora!

LEGO ¿Y si te mataran? ¿Tú, que como todos los comediantes, estás en pecado mortal?

PED. Hace tanto tiempo que no tengo contrata, y es tanta el hambre que he pasado, que ya estará vacante mi sitio en el infierno.

LEGO Por si acaso, debes hacer confesión general.

PED. General será, porque pienso hacerla con Murat.

LEGO No blasfemes, Carrasco, respeta este sitio y mis sagradas vestiduras.

PED. ¡Eso! ¡Échatelas ahora de santurrón! ¡Como si yo no te conociera! Cuando alguna devota viene á pedirte agua bendita para rociarse y arrojar del cuerpo el maleficio, como sea de ley...

LEGO Calla, y no me obligues á bajar los ojos.

PED. Eso haces precisamente, bajarlos, pero es para mirarle los guardapiés.

LEGO ¡Calla, condenado! Mira, ya sale el Prior. (Por la puerta del coro que hay en el practicable aparece el Prior.)

ESCENA II

DICHOS y el PRIOR

LEGO (Acercándose á la escalera.) ¿Padre nuestro?

PRIOR ¿Quién? (Desde arriba.)

PED. Soy yo, Carrasco.

PRIOR Escóndete bajo la escalera, que ahora soy contigo.

PED. (Escondiéndose.) Este papel no lo había hecho yo nunca: de San Alejo.

PRIOR (Abre la puerta del coro, y cuando lo indica van saliendo los frailes.) Hermanos, salgan y vayan pasando; cada uno á su celda, y bajo fé de

obediencia, permanezcan encerrados, sin escuchar ni pretender averiguar nada, hasta nueva orden. (Cuando los frailes desaparecen por el extremo del practicabíe, el Prior baja por las escaleras á reunirse con Carrasco.)

PED. ¿Puedo salir?

LEGO Ya.

PRIOR ¿Y el Conde?

PED. Estoy esperándole. No debe tardar.

PRIOR Dios corone nuestros esfuerzos y nos ayude á arrojar de este suelo á esa turba de impíos que proscribieron de los pueblos la religión de Jesucristo.

LEGO ¡Así sea!

PRIOR ¿Habéis tomado las precauciones necesarias?

PED. Todas. A estas horas duermen los franceses á pierna suelta, sin sospechar el desayuno que les preparamos.

PRIOR (Al Lego.) Hermano Adrián, no abra la puerta á nadie sin oir la contraseña.

LEGO Ya lo sé, Padre nuestro; no lo he echado en olvido.

PRIOR En tanto que llegan, voy á mi celda á cumplir con el rezo de hoy, que es fácil no me quede tiempo para mis devociones.

PED. Tiene razón su paternidad, y no sería malo que hoy añadiera á las diarias alguna oracioncilla por nosotros.

PRIOR Así lo haré. (Vase por las escaleras.)

PED. ¡Cómo tardan en llegar! ¿Habrá pasado algo? (Oyese á la puerta que da al campo tres golpecitos.) ¡Silencio! ¿No has oido? Algún amigo. Anda, vete. Yo me encargo de abrir la puerta. (Vase el Lego y vuelven á sonar los tres golpes.) No hay duda, es de los nuestros. (Mira por el ventanillo. Abre la puerta y aparece el Conde de Launar.)

ESCENA III

EL CONDE y PEDRO

PED. ¡Señor conde!...

LAU. (Entrando.) ¿Ha venido Carlos?

PED. Todavía no.

LAU. ¿Le habrá sucedido algo? ¿Habrán desconfiado de él?... ¡Estoy impaciente!

PED. No tema su excelencia, señor conde. El capitan don Carlos habrá sabido engañar á esa gente.

LAU. Sin embargo, todo hay que esperarlo de su perfidia. (Llaman á la puerta en la misma forma que llamó el conde.) Debe ser él.

PED. (Abriendo después de mirar por el ventanillo.) El mismo.

LAU. ¡Gracías á Dios!

ESCENA IV

DICHOS y DON CARLOS DE VARGAS

LAU. ¿Te ha ocurrido algún contratiempo?

CAR. Ninguno.

LAU. ¿El príncipe?...

CAR. Aquí traigo la orden.

LAU. ¿Puso obstáculos á tu petición?

CAR. Al principio, sí; y ya desesperaba de alcanzar mi deseo; pero por fortuna intercedió en favor mío...

LAU. ¿Quién?

CAR. Su hija... que es un ángel. El cielo nos ayuda.

LAU. Cierto: eso era lo más importante. Contando con el apoyo de tu batallón, no saldrán de Madrid los infantes. ¿Has observado algo extraordinario?

CAR. Los franceses están tranquilos: en el mismo palacio de Murat, no se observa la más pequeña prevención.

PED. Eso es lo mejor: les cogeremos de sorpresa.

LAU. Pedro, ve y avisa á los amigos. Pueden llegar sin cuidado. La hora está próxima, y hay que disponernos á la lucha.

PED. Voy en seguida. (Vase, cerrando la puerta con llave.)

ESCENA V

DON CARLOS DE VARGAS y EL CONDE DE LAUNAR

LAU. Carlos... estamos solos: lo deseaba. Tal vez sea esta nuestra última entrevista.

CAR. ¿Por qué decis?...

LAU. ¡Quién sabe!... Dentro de pocos momentos, de un azar dependerá nuestra existencia.

CAR. No penséis...

LAU. No creas, hijo mío, que es la muerte lo que me aterra. ¿Qué me importa morir, si logramos ser útiles á la patria, si á nuestro esfuerzo responde España?

CAR. Responderá: no lo dudéis.

LAU. Si el movimiento que preparamos fuera la chispa que propagara el incendio, y sus llamaradas lograran abrasar á los traidores que anhelan oprimirnos... ¡bendita sea mil veces la muerte, si con la muerte se alcanza tan extraordinario galardón!

CAR. Es verdad. Más, ¿por qué abrigais esas ideas tan lúgubres?

LAU. Escucha, hijo mío. Muy joven todavía, quedaste huérfano. Tu padre, antiguo servidor de nuestra casa, en el lecho de muerte te confió á mi solicitud y á mi cariño. Solo, sin familia, sin afecciones, todos mis cuidados, todas mi caricias, toda mi alma se consagró á tí.

CAR. Mi vida es vuestra, si de ella necesitais.

LAU. Lo sé, y no te recuerdo en este instante los beneficios para excitar tu gratitud. Un caballero olvida siempre las mercedes que otorga.

CAR. ¡Cuán bondadoso sois!

LAU. No lo creas: es que conozco bien la nobleza de tu corazón, y hartas pruebas tienes de la mía.

CAR. Cierto: muchas, señor Conde.

LAU. Mis palabras ahora tienden á objeto distinto. ¡Al invocar hoy, Carlos, tu cariño, al avi-

var en tu espíritu este consolador recuerdo... es... es porque solo á tí puedo confiar el espantable secreto de mi deshonra!

CAR. (Alarmado.) ¡Vuestra deshonra!... (¿Qué dice?)

LAU. ¡Sí, Cárlos, sí: mi deshonra! ¡Soy muy desgraciado! (Con desesperación.)

CAR. (Cón extrañeza,) ¡Desgraciado!

LAU. ¡Estas canas están manchadas; mi nombre ha sido ultrajado: mi honor vendido: el sagrado depósito de mi amor, escarnecido villanamente!

CAR. (¿Qué escucho?)

LAU. ¡La mujer, en fin, á quien entregué mi alma y dí mi nombre inmaculado arrastra mi apellido por el fango!

CAR. (¡Me está torturando el corazón!)

LAU. ¿Te espanta mi revelación?... Lo comprendo. ¿Juzgas mentira que me engañe? Yo también lo creía imposible. ¿Tu nobleza, tu dignidad, tu honradez se resisten á creer en esa infame vileza?... ¡Pues, sí, hijo mío! ¡Por inconcebible, por monstruosa que parezca... es verdad... es tristemente verdad: mi deshonra es cierta!

CAR. (¡Qué suplicio!) ¡Eso que me dice no puede ser! ¡Es imposible!

LAU. ¡Ah!... No tengo duda, Carlos. ¡Ella misma me lo ha confesado hace un instante!

CAR. (Con espanto.) ¿Ella?

LAU. Ella.. á quien no he podido arrancar el nombre de su cómplice. ¡Quizás esperan mi muerte para gozar los dos en calma de su perfidia y de su traición!... ¡Pero no sucederá! Conoces ya mi secreto... Te he confiado mi deshonra, y si muriera... tú, (Acercándose á Carlos con ansiedad; éste retirándose emocionado.) hijo mío...

CAR. (¡Qué martirio!)

LAU. ¡Tú me vengarás! Tú castigarás al que me ha robado la felicidad y el honor.

CAR. (¡No puedo más!)

LAU. (Con extrañeza ante el silencio de Carlos.) Pero, ¿qué te sucede? ¿Callas?... ¿Oyes sin ira la afrenta de tu padre adoptivo? ¿Acaso me

abandonas? ¡No, no puede ser! ¡Ven! Déjame estrechar entre mis brazos al único amigo que me resta. (Le coge la mano derecha cariñosamente: Carlos se la abandona, haciendo un gesto de dolor cuando el Conde se la aprieta con efusión.)

CAR. ¡Oh!

LAU. ¿Qué es esto?... ¿Qué miro?... ¿Estás herido?

CAR. No es nada: un ligero rasguño.

LAU. (Con gran asombro.) ¡Un rasguño... y en la mano derecha! (Mirándole con el espanto propio de la sospecha que se apodera de él.) ¿Quién te hirió?

CAR. (Balbuceando.) Nadie... Yo mismo... Al coger una espada...

LAU. (Con la indignación de la certeza.) ¡Al coger una espada!... (Terriblemente:) ¿De quién?

CAR. (Vacilante.) ¿De quién?... La mía.

LAU. (Con furor.) ¿Tu espada?

CAR. Sí... la mía... ¿Lo dudáis?

LAU. (Con abatimiento.) ¡No lo sé! ¡Esa herida! ¡Dios mío! ¿Por qué traes á mi mente tan terrible sospecha?

CAR. ¡Cómo! ¿De qué sospecháis?

LAU. ¡No, no puede ser!... ¡Perdóname, Carlos! ¡Esta (Con amargura.) idea que como ráfaga traidora cruzó por mi cerebro, ha dejado el rastro atormentador de la duda! ¡No será tan infame!

CAR. ¿Qué queréis decir? No os entiendo.

LAU. Esta herida... ¿por qué la tienes? ¡Explícate! ¿Fué al coger la espada?...

CAR. (Vacilante.) Sí, mi espada... Ya os lo he dicho.

LAU. Parece más natural que fuera al detener la de un contrario que intentara herirte...

CAR. (Ya balbuciente.) Sí... os había ocultado la verdad... ¡Fué al tratar de impedir una agresión!

LAU. ¿De un soldado?

CAR. Equivocadamente, sin duda, me acometió.

LAU. ¿En mi casa? (Con ira.)

CAR. ¿En vuestra casa?... ¡No, no! (Aterrado.)

LAU. (Furioso.) ¡Sí, Carlos!... ¡Donde robaste mi honor!

CAR. ¡Cómo! ¿Me acusáis?

LAU. ¡Oh! ¡Tienes razón! ¡No sé lo que me digo!

¡Perdóname! Mas... ¿por qué vacilas? ¿Por qué te conmueves?... ¡La inocencia no enmudece... ni se inmuta... ni siente remordimientos!... ¡Habla, habla! (Acercándose á él y mirándole al rostro.)

CAR. ¡Dejadme! ¡Dejadme! ¡No puedo... no puedo más!

LAU. (Implacable.) ¡Mírame de frente; con la mirada tranquila, si tu conciencia no lo impide!

CAR. (Sollozando.) ¡Imposible!

LAU. (Fuera de sí y arrojándole con violencia.) ¡Tú mismo te condenas! ¡Miserable!

CAR. ¡Sí, soy un miserable! ¡Acabe pronto este suplicio!

LAU. (Terrible.) ¡Será como lo dices! ¡Va á concluir! ¡Pero es necesario que luches, que muestres por herirme el mismo ardimiento que mostraste en deshonrarme!

CAR. ¿Luchar con vos?... ¿Heriros?... ¡Jamás!... ¡Dadme la muerte! ¡Mi crimen no merece perdón! ¡Vuestra espada, al penetrar en mi pecho, no me producirá tan honda herida como vuestras palabras!

LAU. ¡Los caballeros morimos ó matamos cara á cara! ¡Herir á quien no se defiende, es propio de villanos como tú!

CAR. ¡Conde de Launar!... (Con furor.)

LAU. ¡Deseo que te enfurezcas!

CAR. (Transición.) ¡No es posible! Yo no puedo cruzar mi acero con el vuestro. Próxima está la lucha. En ella tengo un puesto de honor que nadie puede arrebatarme. ¡Allí iré á morir, al frente de mis soldados, por España, por mi patria querida!... (Acercándose al Conde y con acento dolorido.) ¡Y vos sólo sabréis que he derramado mi sangre en holocausto de vuestra honra! ¿Qué otra cosa pedís para expiar mi crimen?

LAU. (Furioso.) ¿Morir tú á mi lado, al frente de tus soldados y en defensa de la patria?... (Con gran vehemencia.) ¡No! ¡Los viles como tú, los que deshonran el uniforme que visten, olvidando cariño, gratitud y honor... esos no reciben la muerte gloriosa de los héroes en el campo de batalla!

CAR. (Con gran energía.) ¡Esto es demasiado! ¡Todo tiene sus límites... hasta el sufrimiento! ¡Llamadme infame, villano, miserable... todo... todo... os lo consiento! ¡Arrojad sobre mi rostro cuantas injurias os inspire vuestro justo enojo... abofeteadme, si vuestra indignación á tanto puede llegar!... Pero decirme que deshonro el uniforme que visto, que no puedo, que no debo defender á mi patria... ¡ah! ¡eso no! ¡eso no lo consiento á nadie, á nadie, ni á vos mismo!

LAU. ¡Así quiero verte! ¡Acabemos! (Sacando la espada.) ¡Cubre tu corazón, porque á él me dirijo!

CAR. ¡Me es imposible defenderme! ¡El hierro en mis manos sería el hierro del parricida, y todavía no soy tan malvado!

LAU. ¡No te asaltaban escrúpulos cuando mancillabas mi honra, y te asaltan cuando yo trato de vengarla! ¡Esas son razones con que se cubre la cobardía!

CAR. ¡Señor Conde!...

LAU. ¡Sí, la cobardía! Mucha astucia, mucha calma, mucho disimulo para penetrar en mi casa cautelosamente; mucha audacia, mucho valor, mucha osadía para cometer el delito; y cuando este viejo conoce la perfidia y reclama en nombre de su honor con el acero desnudo, ¡oh! entonces mucho remordimiento, mucho escrúpulo, mucho miedo. ¡No; es ya tarde para el arrepentimiento!

CAR. ¡La prueba á que me sometéis es horrible! ¡Pensad que tengo nervios, que tengo sangre, que tengo corazón, que soy hombre, en fin, y que no existe ser humano que sufra por más tiempo tantas injurias!

LAU. ¡Si quiero que no las soportes! ¡Si lo que deseo, lo que ansío, es que el brazo que me hirió con el puñal esgrima la espada, y que la vida sea el precio del deshonor!

CAR. (Va á tirar de la espada, pero se detiene.) ¡No!... ¡No!... ¡Dios mío!..,

LAU. ¿Me tienes acaso compasión porque soy viejo? (Con dulzura.) ¡Viejo fuí para quererte y para acariciarte!... (Transición.) ¡Para vengar-

me, para darte la muerte, me sobran energías! ¡En guardia, pues! (Colocándose en actitud.)

CAR. ¡Nunca! ¡Heridme sin piedad! ¡No me defiendo!

LAU. ¡No te defiendes porque temes morir! ¡Porque finges amor á la patria, sin más propósito que entregarme á la muerte, para gozarte después escarneciendo mi tumba como escarneciste mis canas!...

CAR. (En el colmo del furor y la desesperación) ¡Eso jamás! ¡Jamás... y voy á demostrarlo! ¡Que fuera mayor villanía tolerar tan infames sospechas. ¡Lucharemos, aunque sobre mi frente caigan las maldiciones de Dios! ¡Quereis no solo mi muerte sino mi condenación eterna?... ¡Pues venga! ¿Quereis que me defienda?... ¡Voy á defenderme! ¿Quereis que os mate?... ¡Voy á matarós!

LAU. ¡Gracias al cielo! ¡Eso es lo que deseo! (En el momento en que Carlos va á tirar de la espada y el Conde se coloca en actitud de luchar, se oye el ruido de la llave en la cerradura de la puerta que dá al campo. Esto produce en los contendientes el natural movimiento, no llegando Carlos á sacar su espada, y envainándola el Conde después de una transición.)

PED. ¡Venid! (Haciendo señas á los que están fuera.)

LAU. ¡Ellos!... ¡Me había olvidado de la patria! (A Carlos terriblemente.) ¡Primero, ella! ¡Después, tu sangre!

CAR. (¡Dios mío! ¡Yo te lo agradezco!)

ESCENA VI

DICHOS, EL MORENO, EL MELLADO, PEDRO CARRASCO y diez conjurados. Estos últimos deberán vestir algunos de señores: otros de manolos. Dspués que Pedro Carrasco haya abierto la puerta penetran cautelosamente y se irán colocando alrededor de Carlos y el Conde

PED. (Desde el postigo.) Pasad. Yo voy al instante á avisar á los que faltan, que ya se hallarán de fijo impacientes. (Sale y cierrra tras sí el postigo.)

LAU. ¿Que hay, amigos míos?

MELLADO La gente está en sus puestos.

LAU. Aquí muy poco tenemos que hablar... pero éste será el punto de partida, y comenzaremos el ataque cuando suene la señal. Hay que evitar el desorden, tan peligroso en estos casos. Las fuerzas militares españolas nos ayudarán; pero es necesario el popular entusiasmo.

MELLADO Eso no falta, señor Conde.

MOR. (A Carlos, que se hallará abatido.) ¿Y vos, don Carlos?

CAR. (Como saliendo de su abstracción.) ¿Yo?... Yo cumpliré con mi deber.

MOR. ¿Y estaréis?...

CAR. A las nueve entro con mi batallón de guardia en Palacio. Allí me tendréis.

LAU. (A los conjurados.) ¿Necesitais alguna nueva instrucción?

MELLADO Ninguna, señor Conde.

LAU. Pues que Dios nos proteja... y vamos.

ESCENA VII

DICHOS y EL PRIOR. Momentos antes de terminar la escena anterior, el Prior bajará las escaleras hasta llegar en este momento donde ee halla el grupo

PRIOR Señor Conde... Señores... (Todos se descubren en señal de respeto.)

LAU. Dadme, reverendo Padre, á besar vuestra mano. (El Conde, Carlos y las demás le besan la mano al Prior.)

PRIOR Tomad... y el Señor defienda nuestra causa.

LAU. Dadnos también vuestra bendición. (A los conjurados.) De rodillas. (Todos doblan una rodilla, demostrando la mayor humildad y el extraordinario respeto que les inspira el acto.)

PRIOR Ministro del altar, y humilde siervo de Jesucristo, invoco en este instante su divina gracia para absolveros de vuestras culpas. ¡Que Dios recompense el esfuerzo que vais á realizar, concediendo al que sucumba la felicidad eterna! (Todos se levantan y se ponen los sombreros.)

LAU. ¡Ea, amigos míos, á morir por España!

CAR. ¡Viva España!

TODOS ¡Viva! (Oyese en este instante ruido de gentes que se aproximan.)

PRIOR ¡Callad! ¿No oís? ¿Qué será?

CAR. (Dirigiéndose á una de las ventanas.) Esos rumores...

LAU. Serán sin duda los demás amigos, que llegarán con Pedro Carrasco.

CAR. (Volviendo de la ventana y con agitación.) ¡Los tropas francesas que rodean el edificio! ¡Inícua traición!

LAU. ¡Nos han vendido!

CAR. ¡Ha habido algún miserable delator!

PRIOR ¡Salvaos! ¡Por aquí! ¡Por aquí! ¡Por la iglesia! (Señalando la puerta grande que habrá junto á la escalera. Nótase en este momento cierta confusión, sin que esta pueda nunca confundirse con el espanto.)

CAR. (Que ha vuelto á la ventana, bajando de nuevo.) ¡Por ese lado es imposible! ¡Por este otro! (Señalando la puerta por donde entraron y hacia la cual se dirige, oyéndose inmediatamente el ruido de los culatazos que hacen vacilar el portón.)

LAU. ¡Vamos!

CAR. ¡Es tarde! ¡Están echando la puerta abajo!

LAU. ¡Estamos perdidos!... ¿No hay salida ninguna?

PRIOR ¡El cielo nos ampare! (Los golpes en este momento serán terribles, llegando á abrir violentamente la puerta, y penetrar los soldados franceses algo desordenados.) ¡Venid conmigo, señor Conde!

LAU. ¡Seguidme todos! (El Prior, seguido del Conde y los demás conjurados, se dirigen á la escalera, y en el momento en que intentan subir los primeros escalones, por la puerta del coro del practicable, aparecen un oficial francés seguido de algunos soldados que ocupan todo el claustro practicable y apuntan los fusiles hacia los conjurados en actitud amenazadora. En este momento también aparecen los soldados franceses con fusiles y bayoneta calada en la puerta de la iglesia.)

PRIOR ¡Imposible también! ¡Subieron por el coro!

LAU. ¿No hay salida?

PRIOR ¡Ninguna! (Se arremolinan, estrechan el grupo y quedan junto á la escalera, apoyados en la misma, guardando siempre el primer término Carlos y el Conde, y en último el Prior.)

OFIC. (Amenazándoles con su actitud.) ¡Rendíos!

MELLADO ¡Nunca!

MOR. ¡Nos defenderemos! (Pretendiendo sacar las armas; pero el Conde y Carlos los detienen.)

OFIC. ¡Como os movais, mando hacer fuego!

LAU. ¡Calma, amigos míos! (Por todos los lados han entrado soldados que han cercado el grupo en que se hallan Carlos y el Conde.)

OFIC. Entregad las armas.

CAR. ¡Jamás!

OFIC. ¡A ellos, soldados, y no dejéis uno!

CAR. (Yendo á tirar de la espada y con gran energía.) ¡Venid, cobardes, que venderemos caras nuestras vidas!

OFIC. ¡Preparen! (Entran por la puerta principal el general Murat seguido del Mayor y de sus ayudantes, y al ver la actitud de los soldados, se adelantará el Mayor interponiéndose entre los grupos.)

MAYOR ¡Alto!... ¡El Príncipe Murat! (Al entrar el general los soldados tercian las armas.)

ESCENA VIII

DICHOS, MURAT, MAYOR, AYUDANTES y acompañamiento

MURAT (Entra con gran aparato. Al oficial.) ¿Acaso han reresistido?

OFIC. Eso querían, mi General.

MURAT ¡Sobre cometer una traición indigna, dirigíais vuestras armas contra mis soldados!... ¿Así pagan los españoles al ejército francés haber venido á terminar sus discordias?

LAU. ¡A deshonrarnos y á vendernos, habéis venido!... ¡Llegásteis hasta aquí con fingida amistad! De otro modo, hubiérais quedado en las gargantas de los Pirineos, como en Roncesvalles.

MURAT ¡Debíais, conde de Launar, enmudecer de vergüenza! ¡Os atrevéis á desafiar mi poder con vuestra soberbia!... ¡Siendo individuo de la Junta Suprema, sin respetar sus acuerdos, venís á fraguar en la sombra viles conspiraciones!... ¡Merecéis no sólo la muerte, sino el desprecio!

CAR. Los que merecen la execración de las gentes, el odio de los pueblos y alcanzarán mañana la maldición de la historia, son los que penetran en una nación amiga para herirla á mansalva y proclamarse señores! ¡Nos insultáis amparados por la fuerza que os rodea, y hallándonos en situación que nos impide defendernos!

MELLADO ¡Muy bien, don Carlos! (Rumores de aprobación y de entusiasmo en los conjurados. El Mayor y los Ayudantes intentan arrojarse sobre Carlos. Murat se interpone y les contiene.)

MURAT Dejadle, que no es digno de morir á vuestras manos el que abusó de mi confianza hace pocos momentos, y como militar falta á la disciplina.

CAR. ¡Mientes, Murat! (Otra vez intentan ir sobre él, y Murat los contiene con el gesto.) ¡Yo no me arrastro á los piés del extranjero! ¡No obedezco la ordenanza, cuando invocando sus preceptos se encierra en los cuarteles al ejército encargado de la defensa de la patria! ¡Este uniforme que visto, no puede convertirme en esclavo! ¡La ordenanza, en estos momentos, es la máscara vil de la cobardía! ¡No hay autoridad, si la autoridad manda lo que avergüenza! ¡No hay jefes, si los jefes son indignos! ¿La patria peligra, y para defenderla hay que ser indisciplinado?... ¡Pues bendita sea la santa indisciplina! (Con gran vehemencia y entusiamo.)

MURAT ¡Inútiles arrogancias! ¡Llevadlos, llevadlos! Por fortuna este movimiento insensato de rebelión no encuentra eco en ninguna parte. (Colocan á los presos entre dos filas después de desarmarlos. En este momento y cuando empiezan á marchar, suenan las nueve campanadas en la torre del convento.)

CAR. ¡La señal!

TODOS ¡La señal!

LAU. ¡Seremos vengados! ¡El movimiento estallará!

MURAT (Con energía.) ¡Ah! .. ¡La señal de que me habían hablado.... (Dirigiéndose altivamente á un grupo de soldados.) ¡Ea, muchachos, arriba, y no haya piedad para ese traidor! ¡Bajadlo en

las puntas de las bayonetas! (Varios soldados se abalanzan á la puerta pequeña que conduce á la torre, suponiendo que suben las escaleras.)

PRIOR ¡Hermano Adrián, Dios te acoja en su seno!

CAR. ¡Miserables verdugos!

LAU. ¡Desdichado! (Oyese ruido en la escalera y algún grito ahogado.)

LEGO (Dentro.) ¡Los he salvado! (Breve pausa. De pronto se abre la puerta y sale el Lego empujado y seguido por los soldados, yendo á caer al centro de la escena. En el gesto ha de demostrar el horror propio de la situación, pues sale mortalmente herido y debe andar vacilante hasta caer en el centro de la escena.)

LEGO ¡Viva España! (Cayendo.)

LAU. ¡La primera víctima!

CAR. ¡Pobre martir obscuro! ¡Mañana nadie se acordará de tí, y sin embargo, tú nos enseñas á morir! (Los soldados marchan hacia la puerta llevando los presos entre las filas. Oyese fuera entre la confusa gritería la voz de Pedro Carrasco, y sucesivamente grandes gritos seguidos de algunos tiros.)

PED. (Fuera.) ¡Viva España!

VOCES ¡Viva!...

MURAT ¿Estalla la rebelión?... Pues, bien: ¡la ahogaré en sangre!

LAU. ¡El pueblo respondió!... ¡Ya podemos estar tranquilos!

PED. (Fuera.) ¡Muera Napoleón!

VOCES ¡Muera!.. ¡Muera!... (Aumenta el griterío y siguen oyéndose tiros lejanos.)

PED. (Fuera.) ¡Mueran los franceses!

VOCES ¡Mueran!...

MURAT ¡Ya que nos provocan, seremos en la lucha despiadados!

CAR. Ya que nos vengan, vamos á la muerte satisfechos. (Los soldados salen con los presos: los gritos se oyen cada vez más cerca. Suenan algunos tiros lejanos.)

FIN DEL ACTO CUARTO

ACTO QUINTO

Cercanías de la puerta de San Vicente.—Rompimiento al foro con arboleda y caseríos; todo en la penumbra.—En primer término, izquierda del espectador, un cuerpo de guardia practicable y cerrado, con puerta de salida á la calle y otra al lado opuesto que supone conducir á otras habitaciones interiores.—Detrás del cuerpo de guardia una calle, y en último término, á este mismo lado, la fachada de la casa en que se halla establecido el cuartel general.—A la derecha del espectador, en primer término, la puerta de una taberna con su inscripción en el portal: TIENDA DE VINOS Y BOTILLERÍA.—Después calles y arboledas que se supone conducir á las afueras.—A la puerta del cuerpo de guardia que da á la calle, centinela, y en la de la casa en que se halla el cuartel general francés; movimiento de soldados, oficiales, etcétra, etc.—Al levantarse el telón circularán patrullas de soldados franceses en distintas direcciones; alguna de las cuales conduce prisioneros y los depositan en el cuerpo de guardia, pasando estos á las habitaciones interiores.—En el cuerpo de guardia algunos soldados que indistintamente saldrán á la calle ó entrarán donde se hallan los presos.—La escena alumbrada por el farolillo de algún retablo á la luz del cuerpo de guardia.—A lo lejos se oirán redobles de tambores y voces de alerta.—Pegado en la esquina del cuerpo de guardia un bando.—Al levantarse el telón se ven los últimos rayos rojizos del sol poniente, entre nubarrones, después va obscureciendo lentamente.

ESCENA PRIMERA

PALUSKY y SOLDADOS en el cuerpo de guardia

SOLD. ¿Sargento Palusky?...
PAL. ¿Qué hay?
SOLD. No fué mala la jornada de hoy

PAL. Una insignificante escaramuza. El general quiso, sin embargo, hacer un escarmiento... derramando inútilmente la sangre. Sin ese propósito, todo se hubiera reducido á unos cuantos gritos y otros tantos culatazos.

SOLD. Lo del parque ha sido muy serio. Tres veces fué rechazada la columna del general Lefrant.

PAL. Toma... eso no lo hizo el populacho. La resistencia la organizaron dos oficiales de artillería que han pagado con la vida el delito de rebelión.

SOLD. Bien merecido lo tuvieron, porque la lucha ha sido heróica...

PAL. ¿Qué sabes tú? Nosotros estamos aquí desde las primeras horas de la mañana custodiando los prisioneros que hicimos en los Jerónimos, y no tenemos más noticias que las que se oyen á los que llegan.

SOLD. Pues los prisioneros no lo pasarán muy bien, que digamos.

PAL. Naturalmente. Como que son la mayor parte los iniciadores del movimiento. Por cierto que me da mucha pena el conde de Launar, en cuya casa estuve alojado... Tendrá lo que quieran, pero es un perfecto caballero.

CEN. (Desde fuera.) ¿Quién vive?... Sargento, fuerza armada.

PAL. ¿Qué?... (Saliendo.)

OFIC. (Llegando con algunos prisioneros que custodian unos cuantos soldados.) ¡Granaderos de la guardia!

PAL. Adelante. (Avanzan los soldados con los prisioneros.)

OFIC. De orden del coronel Gurssier, os hago entrega de estos prisioneros.

PAL. En el depósito ya no caben.

OFIC. Para lo que van á estar... ¿qué importa el sitio?

PAL. Pasad. (Entran.)

OFIC. Ea, adiós. (Vase con los soldados que trajo.)

PAL. (A los prisioneros.) Entrad aquí. (Entran seguidos de Palusky y algunos soldados. Al ruido de la tropa se asoman á la puerta de la taberna algunos manolos y Curra.)

ESCENA II

CURRA, LAGARTO y CHORLITO. Hablando en voz baja y con ira reconcentrada

LAG. ¿Habéis visto?
CHOR. Sí; unos prisioneros.
CURRA ¡Infames!... ¡Todavía no se dan por contentos con los asesinatos de hoy!
LAG. ¡Ya nos vengaremos! ¡Esto no puede quedar así!
CURRA ¡No hables alto!... Sí te oyeran...
CHOR. Me aplicarían el artículo segundo de ese bando.
CURRA ¿Qué bando?
CHOR. ¿No lo has leído?
CURRA Ni falta que me hace. Doy gracias á Dios por no saber leer.
CHOR. Ahí enfrente está. Pena de muerte hasta por respirar.
LAG. Nosotros, sin papeles, le hemos aplicado esta mañana. Porque unos cuantos hemos resistido y aniquilado á esos regimientos de caballería que tan famosos dicen que son.
CURRA Calla, por Dios, que ya sabéis cómo las gastan.
CENT. ¡Alto!... ¿Quién vive?
PED. (En traje de fraile.) Un pobre franciscano.
CENT. ¿Un fraile?... Adelante. (Pedro adelanta y se asoma á la puerta de la taberna, donde se hallan hablando.)

ESCENA III

DICHOS y PEDRO CARRASCO

PED. (Al grupo.) Hermanos... *gratia-plena.*
LAG. ¿Esa voz?...
PED. (Acercándose.) ¡Amigos mios!
CURRA ¡Carrasco!
PED. ¡Silencio! ¡No me descubrais!

LAG. ¿Qué hay, Pedro?

PED. ¿No es ese cuerpo de guardia el depósito de los prisioneros?

CHOR. Sí: ¡aquí los trae á racimos esa canalla!

PED. ¿Y sabéis si están el conde de Launar y el capitán Vargas?

CURRA Los he visto entrar esta mañana.

PED. ¿Y aquí también se halla establecido el cuatel general?

CURRA En esa casa de ahí detrás. Todo el día han estado viniendo oficiales, y el general dictando órdenes y mandando destacamentos. Pero, y tú, ¿cómo te has salvado?

PED. ¿Yo?... Llegaba á los Jerónimos con algunos amigos, cuando ví el convento rodeado por fuerzas francesas. Quise libertar á los prisioneros, dando el primer grito de de rebelión; pero no pude conseguirlo. ¡Y entonces recorrí Madrid gritando, y aún más, lanzando á las gentes sobre esa turba de miserables! Lo demás, ya lo sabéis como yo, porque también habéis luchado.

CHOR ¡Y tanto!

PED. Dí con mi cuerpo en el parque. Allí, confuudidos unos pocos paisanos con algunos soldados, sacamos los cañones y luchamos hasta que cayeron los jefes, ¡no frente á frente, á traición, por la espalda, mostrando bandera de parlamento para que cesara el fuego!

CHOR. ¡Canallas!

LAG. ¡Traidores!

PED. Al ver la señal de paz, es claro, les abrimos paso á los franceses, y en cuanto la comisión llegó, adelantaron los batallones, y los miserables cosieron á bayonetazos, no solo al oficial que aún quedaba, sino hasta á mujeres indefensas. Yo pude escapar con unos cuantos manolos que me siguieron. Marché á casa, me puse este disfraz, y aquí estoy, por si aún puedo ser útil en alguna parte.

CHOR. ¡Nos han vencido malamente!

PED. Ellos, gente aguerrida y organizada, y nosotros con mucho valor y mucho entusiasmo,

pero sin organización, y lo que es peor, sin jefes que nos dirigieran.

CURRA ¡Y ahora se entregan al saqueo!

LAG. ¡Y al asesinato!

PED. Entre tanto, los cobardes de la Junta Suprema, de acuerdo con Murat, recorren las calles predicando la paz!

CURRA ¡A buena hora!

PED. En la lucha debieron haberse presentado.

CURRA Pedro, parece que una señora se dirige hacia aquí. (Reparando en Raquel, que por la calle de la izquierda aparece en dirección del grupo que se halla á la puerta de la taberna.)

ESCENA IV

DICHOS y RAQUEL, cubierta con un manto

PED. Una señora por estos sitios... (Acercándose.) ¡Qué miro! (Reconociéndola.) ¡Señora condesa! (Bajo á Raquel.)

RAQ. ¿Quién es?

PED. Soy yo, Carrasco.

RAQ. ¿Tú en ese traje?

PED. Sí, me he procurado éste disfráz para salvarme.

RAQ. ¿Dónde está Carlos? Me han dirigido aquí... y vengo desconsolada.

PED. Aquí están en efecto. En el cuerpo de guardia inmediato... Pero, callad... (A los demás.) Muchachos... entrad, y esperadme un momento. Necesito estar solo.

LAG. Si te hacemos falta... avisa. (Vánse.)

ESCENA V

RAQUEL y PEDRO

RAQ. ¡Corramos!

PED. ¿Qué pretendéis?... ¡Es imposible!

RAQ. Es preciso que yo le hable... ¿Está aquí ciertamente?

PED. Aquí están vuestro esposo y el capitán Vargas...

RAQ. ¿Juntos?

PED. Tal creo...

RAQ. (¡Gran Dios, mi esposo! ¡Ni siquiera he tenido para él un recuerdo!... ¡Qué miserable soy!...)

PED. Yo aguardo por si puedo hablarles un momento.

RAQ. (¡No... no... imposible! ¡Me falta valor para mirar al Conde cara á cara!)

PED. Alguien llega... Un jefe francés. Entremos aquí... No es conveniente que nos vean.

RAQ. ¿Pero lograremos saber?...

PED. Desde dentro acecharemos cuanto ocurra.

RAQ. (¡Le veré... le veré .. pero á él solo!) (Entran en la taberna.—El Mayor del cuartel general llega paso á paso, entreteniéndose, al cuerpo de guardia, cuando se marque.)

ESCENA VI

PALUSKY, CONDE y CARLOS, á poco el MAYOR.—Palusky sale del interior del cuerpo de guardia, y se detiene en la puerta de comunicación

PAL. Señor Conde... Capitán... podéis descansar aquí unos instantes. Esas habitaciones están atestadas de prisioneros, y os hallaréis aquí mejor.

LAU. Gracias, sargento.

PAL. Además, podéis hablar sin testigos.

CAR. (Abatido.) Gracias.

LAU. Nada tengo que hablar.

PAL. Perdonad, señor Conde... Yo no puedo hacer más en vuestra triste situación.

LAU. Os lo agradezco.

MAYOR (Abriendo la puerta del cuerpo de guardia y el centinela cuadrándose.) ¿El jefe de la guardia?

PAL. Presente, mi coronel.

MAYOR Haced salir al capitán Vargas.

PAL. Aquí le tenéis. Por tratarse de dos personas distinguidas les he permitido salir á este sitio.

MAYOR Todos los presos son iguales.

PAL. Perdonad... pero...

MAYOR Está bien.—¿El capitán Vargas?

CAR. (Con dignidad.) ¿Qué queréis?

MAYOR Su alteza el Príncipe Murat, ha querido ser clemente con vos, y os perdona la vida á condición de que salgáis de Madrid esta misma noche.

CAR. (Con gran tristeza.) ¿Qué escucho?

MAYOR Este es el salvoconducto... Tomad.

CAR. (Con nobleza.) Rechazo ese perdón conque trata de infamárseme. Quiero seguir la suerte de mis compañeros.

MAYOR No es á vuestra voluntad á la que atiende el general, sino á la suya... Y en cuanto á mí, cumplo sus mandatos.

CAR. Repito que no lo acepto. He faltado á la disciplina; soy el más culpable de todos.

MAYOR Eso prueba la misericordia del Príncipe.

CAR. ¿Con qué derecho se me quiere privar del honor de morir con mis hermanos?

MAYOR Ea, no he venido á discutir. Tomad... y estáis libre.

CAR. ¡No quiero mercedes de aquellos á quienes odio! ¡Decidle á Murat cómo responde mi honor á su piedad! (Coge el papel y vá á romperlo; en este momento el Conde le detiene.)

LAU. No, Carlos; acepta.

CAR. (Con energía.) ¡Jamás!

LAU. (Con acento más enérgico.) Sí, ¡yo te lo mando!

CAR. (Cogiendo la mano del Conde y besándola.) Señor... No pretendáis humillarme.

LAU. ¡Calla!

MAYOR (A Palusky.) Ya lo sabéis, sargento. El capitán está libre.

PAL. ¿Y los demás?

MAYOR Juzgados ya militarmente, serán fusilados dentro de breves instantes. Decidles que se preparen á morir. (Vase.)

PAL. Señor Conde... ¿necesitáis de mí?

LAU. Sólo os suplico que me dejéis.

PAL. Está bien. (Entra en la habitación interior.)

ESCENA VII

CARLOS y EL CONDE

CAR. Señor Conde, en nombre del cielo dejadme morir. ¡Dejad que expíe mi culpa! ¡Dejad que os venguen las balas francesas y mi sangre lave vuestra afrenta! ¡Yo quiero morir! ¡Yo debo morir!

LAU. En estos momentos no pienso en mí. Aparto la mirada de estas impurezas; arranco de mi corazón los rencores, y no quiero llevar á la tumba ningún sentimiento de venganza.

CAR. ¡Ah! ¡Sóis la virtud misma! Pero yo no puedo vivir acosado por los remordimientos... teniendo siempre delante de los ojos vuestra sombra acusadora, terrible! ¡Oh, no! ¡Señor Conde, no! Aceptar el perdón sería para mí la última de las infamias.

LAU. ¡En esta hora suprema, ante los infortunios de la patria, puesta la mirada en Dios, en ella sólo debemos pensar!

CAR. Pues bien... ¡por la patria estoy obligado á morir!

LAU. ¡Por ella es necesario que vivas! Eres joven y vigoroso: sientes en tu alma los impulsos de la independencia; tienes prestigio entre tus compañeros. Servirás la causa nacional... ¡y el bendito día, que llegará... sí llegará... en que este suelo se halle libre de opresores... entonces... acuérdate... que al borde del sepulcro... te perdono!

CAR. (Arrojándose en los brazos del Conde y solloaando.) ¡Padre mío! Yo estoy satisfecho... ¡Recobro mi perdida calma... si la recobro, pero... para morír con vos... sabiendo que me habéis perdonado!

LAU. No... yo te ordeno que vivas. Necesito de tu esfuerzo... Y para que comprendas que no es sólo generosidad lo que me impulsa, oye, y grábense bien en tu memoria estas palabras.

CAR. Decid...

LAU. (Con solemnidad.) Sin un vil delator, hubiéramos alcanzado este día el honor de pelear... y tal vez el triunfo hubiese coronado nuestro esfuerzo. Por él han perecido en las calles centenares de patriotas; por él serán villanamente asesinadas hasta débiles mujeres, hacinadas con nosotros en terrible y afrentoso montón, esperando el instante del sacrificio...

CAR. ¡Miserable delator!

LAU. Y él vivirá tranquilo, gozoso de su obra... Mañana quizás renovará otra vez su delación, y nuevas víctimas caerán... y la sangre generosa será el terrible rastro que dejará su villanía...

CAR. ¡Oh! Tenéis razón... Quien así obra es un infame monstruo.

LAU. Pues bien, para castigar á ese traidor, es necesario que vivas... ¡Déjame llevar al sepulcro el consuelo de que has de buscarle, y cuando le tengas en tu poder, sea quien fuere, sacrifícale sin piedad, porque vengas á la patria y es acto de justicia esa venganza! Este es mi solo testamento. ¡Has de jurármelo!

CAR. ¡Lo juro, padre mío, por la salvación de mi alma!

LAU. ¡Ya ves que tenía razón al exigirte que vinieras! (Oyese en este instante el redoble lúgubre del tambor, y aparece un piquete, mandado por un oficial. Paluski sale y avanza hasta la puerta: habla con el oficial y entra en el cuerpo de guardia con tristeza.) Silencio... Nada más, Carlos.

ESCENA VIII

DICHOS, PALUSKI, OFICIAL y SOLDADOS

PAL. ¡Señor Conde!...

LAU. (Con dignidad.) ¡Lo comprendo! ¡Estoy pronto!

CAR. ¡Traidores!... ¡Padre mío!.. (Arrojándose en sus brazos.)

LAU. ¡Valor!... ¡Carlos!... ¡Hijo mío!... ¡Que no vean en nosotros debilidad!... ¡Demostrenos al morir más valor que ellos al matarnos! (Palusky ha entrado y sale con el primer convoy, compuesto de ocho individuos, entre los cuales estarán el Mellado y el Moreno. El Conde, al volver, se dirige á ellos.) ¡Hermanos, á morir!

CAR. ¡No, esto no es posible! ¡Es horroroso!

LAU. ¡Adiós, hijo mío!

CAR. (Fuera de sí) ¡Señor Conde!..

LAU. ¡No olvides tu juramento!.. ¡Adiós!

CAR. (Después de abrazar al Conde, cayendo desplomado sobre uno de los lienzos, ó del cuerpo de guardia, llorando.) ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Perdón! ¡Perdón!.. (El convoy sale con paso reposado; los prisioneros van en el centro, y de vez en cuando suenan redobles de tambores. Palusky se dirige al centinela.)

PAL. (Al centinela.) Este militar puede salir cuando quiera. (Entra en el cuerpo de guardia, se detiene un instante mirando á Carlos, que está sobre un banco, y entra en las habitaciones en que sé hallan los demás presos.)

ESCENA IX

MARÍA, MURAT, AYUDANTES. Salen de la casa en que se halla constituído el cuartel general

MURAT Nada, hija mía, quiero apartarte de estos lugares. En la Casa de Campo tendrás asilo más tranquilo. Yo te veré muy pronto. Cuando mi presencia en este sitio no sea necesaria.

MAR. Decidme, padre mío, ¿dónde llevan á esos prisioneros que encontramos, que formaban tan lúgubre y aterradora comitiva? (Han pasado por delante de ellos al tiempo de salir los soldados que conducían al Conde de Launar y compañeros.)

MURAT Los trasladaban á lugar más seguro.

MAR. No, esas miradas de odio que nos lanzaban anuncian otra cosa. ¡Vos me engañáis, me ocultáis la verdad! ¡Esos desdichados van á

morir, y yo no quiero que caiga su sangre sobre vuestra cabeza, ni os alcancen sus maldiciones!

MURAT No temas, hija mía. El deber militar y la responsabilidad del cargo me obligan á tomar estas resoluciones. Ya ves que, á pesar de todo, procuro complacerte. (Con dulzura.)

MAR. Yo deseo que perdonéis...

MURAT Ya he perdonado al capitán Carlos de Vargas, y para ello he tenido que violentar la ley. Era reo de delito de alta traición.

MAR. Os juro que jamás olvidaré ese rasgo de vuestra nobleza y de vuestro cariño. Pero, padre mío, quiero más. Ansío que también alcance á los demás vuestra misericordia. ¡Sed compasivo! ¡Sed generoso!

MURAT Sí, María. Abreviemos tu partida. No hay tiempo que perder. Hasta mañana. ¡Hola! (Llamando.)

LAF. (Que adelanta.) ¡Mi general!

MURAT Al punto, una litera y una escolta. Que conduzcan á mi hija al palacio de la Casa de Campo.

LAF. En seguida.

MAR. ¿Me prometéis que no habrá más sangre? ¿Que no se tomarán terribles venganzas?

MURAT Sí, hija mía, lo prometo. Adiós. (Sacan la litera y aparece la escolta de dragones.)

MAR. Adiós, padre mío.

MURAT Os confío la custodia de mi hija. (Vase. Carlos, durante esta escena, ha permanecido abatido y sollazando, y después de algunas vacilaciones y todo aquello que le sugiera su talento al actor encargado de este papel, sale á la calle vacilante y triste y apoyándose en las paredes. Oye la frase del oficial, y maquinalmente vuelve la cabeza, viéndose en este momento él y María y acercándose éstos después de reconocerse.)

OFIC. (A María.) Cuando vuestra alteza mande, nos pondremos en marcha.

MAR. (Al reparar en Carlos.) (¡Dios mío, el capitán Vargas!) Esperad. (Al Oficial.)

ESCENA X

MARIA, CARLOS; en segundo término EL OFICIAL y los soldados

CAR. ¡La hija de Murat!

MAR. Una palabra, capitán.

CAR. Yo soy quien debe hablaros. Os debo la vida. ¡Qué otra persona pudiera interesarse por mí! Contad con mi eterno agradecimiento, pero creedme: hubiera preferido la muerte!

MAR. ¿La muerte?

CAR. Sí; hoy son tan terribles las angustias que sobre mí pesan, que la vida me parece insoportable carga.

MAR. No tal; á vuestra existencia va unida la de alguna mujer que os ama y á quien amáis.

CAR. ¡Por Dios, señorita, no traigáis á mi memoria tristas recuerdos!

MAR. Sí, lo sé. Una mujer desconsolada solicitaba vuestro perdón... y lo pedía arrasados sus ojos de lágrimas, y más que con palabras, con sollozos.

CAR. (Con alegría desesperada.) ¿Cómo? ¿Era ella? ¿Raquel? ¿Esa es la mujer á quien debo la salvación?

MAR. (Con profunda tristeza.) ¡Cuánto la amáis! ¡Sí, ella misma!... ¡Ella unió sus ruegos á los míos!

CAR. ¿Ella... ella? ¡Desdichada!

MAR. (Con amargura.) ¡Yo también, con anhelante y desesperado esfuerzo, me arrojé á los piés de mi adorado padre, y le arranqué al fin vuestro perdón!

CAR. (Con agradecimiento, pero con frialdad.) ¡Oh, permitidme que bese vuestra mano en señal de respetuoso agradecimiento! (La besa.)

MAR. (Con tristeza.) (¡Sólo respeto, sólo gratitud!) ¡He pagado mi deuda! ¡Adiós para siempre!

CAR. ¿Quién sabe si el cielo me otorgará la dicha de significaros alguna vez la estimación de mi alma! Pero... oidme. Me habéis hecho

una indicación, y necesito rogaros que me expliquéis... Hubo una mujer que llegó hasta vos... que llegó hasta el General Murat... que se interesó por mi vida... ¿sólo por la mía?

MAR. Sólo.

CAR. (¡Su pasión es tan grande como nuestra infamia!) Mas ¿cómo pudo saber que mi vida peligraba? ¿Quién le dijo que iba á morir?

MAR. ¿Cómo?.. ¡No pretendáis saberlo! Si tanto la amáis, procurad ignorarlo.

CAR. Quiero saberlo. Necesito que no me ocultéis la verdad. ¡Lo deseo! ¡Lo pido, lo ruego, lo imploro!

MAR. Pues bien... esa mujer...

CAR. ¡Seguid! (Impaciente.)

MAR. Reveló á mi padre vuestros proyectos, y fuistéis sorprendido por su delación.

CAR. ¿Ella? ¡Imposible! Decid que me habéis engañado! ¡Que no es cierto! ¡No puede ser! ¡Oh, eso no puede ser!

MAR. (¡Cuánto la ama!) (Despidiéndose con tristeza.) Capitán...

CAR. ¡Una palabra... una sola! ¡Estoy loco! ¿Fué Raquel la que nos denunció?

MAR. ¡La misma!

CAR. (Cubriéndose el rostro con las manos.) ¡Condenación eterna!

MAR. (Acercándose á Carlos, y con tristeza apasionada.) ¡Adiós para siempre! (¡Ingrato!) (Marchándose.) ¡Vamos! (Al Oficial, entrando en la litera.)

ESCENA XI

CARLOS

(Con desesperación.) ¿Qué dijo esa mujer? Su revelación cayó sobre mi cerebro como derretido plomo. La que tanto amé, la que me arrastró á la culpa, cometió la más vil de las delaciones... Ella... ella... ¡causa única de tanta desdicha!... ¡Oh, qué horror! No; imposible... ¡Raquel es inocente! Esa mujer

mentía; mentía para envilecerla á mis ojos... Mas... ¿por qué mintió? ¿Por qué? ¡Ah! Sus palabras mismas lo revelaban... su tristeza al separarse de mí para siempre, el amargo desconsuelo que envolvían sus acentos de piedad; la emoción mal contenida que se reflejaba en su rostro... ¡Ah! sí, no hay duda, me ama... y los celos engendraron tan tremenda venganza... ¡Será un ángel, pero los ángeles en la tierra son también esclavos de las pasiones que en la tierra se agitan! ¡El amor y el odio se suceden uno á otro con igual fiereza! (Pausa) ¿Y si no ha mentido? Entonces el honor me obliga al cumplimiento de la promesa... ¿Y he de matarla? No... no... imposible... imposible... ¡No temas, Raquel, mi corazón es tuyo, mi voluntad te pertenece y no moverá jamás el brazo para castigarte! Caiga sobre mí la eterna maldición... ¡qué importa! En la sombra se engendró nuestro amor. El delito juntó nuestras almas... El crimen las estrechará más fuertemente... (Pausa.) Pero, ¿qué digo? ¿Y las palabras de aquel martir? ¿Y aquellos acentos de perdón que mitigaron todas las penas de mi espíritu? Su sombra me perseguirá amenazadora é inexorable... Sí... me perseguirá... La veo... (Preso de una alucinación.) Brillan sus ojos con tanta luz, que no puedo resistir sus miradas... Sus labios se abren para maldecirme... No, padre mío, no... No me maldigas... Cumpliré mi juramento... Yo te vengaré... yo te vengaré... aunque para vengarte tenga que torturar mi alma y retorcer todas las fibras de mi corazón, convirtiéndome en el más infame de los verdugos, en verdugo de mi propio sentimiento... (Aparece Raquel.)

ESCENA XII

CARLOS y RAQUEL

RAQ. (Saliendo de la taberna y después de mirar á todas partes.) ¡Carlos! ¡Carlos!

CAR. ¡Ella!... ¡Maldición! ¡Aparta!... Aparta.

RAQ. ¿Me rechazas? ¿De este modo pagas mis agonías? ¿Así correspondes al amor que me arrastró á todos los crímenes?

CAR. No hables de amor... ¡de crímenes, sí! Sentías la atracción del abismo, y en el abismo de la abyección y de la infamia caíste, hundiéndonos á todos en pos de tí.

RAQ. Pero, tú vives... y estás á mi lado... y te contemplo... y te adoro. ¡Y sin que nada pueda inquietarnos, nos entregaremos á las dichas de nuestro amor! ¡Todo para nosotros será felicidad! ¡Todo alegría!...

CAR. No llegues hasta mí, que sólo siento anhelos de venganza.

RAQ. ¡Qué dices, Carlos, cuando sólo pienso en tu cariño y con él en la realización de mis soñadas glorias! Cometí las mayores vilezas; fuí delatora... lo confieso, ¿qué importa la ruindad de esta acción, si el fin perseguido era grande y era inspirado por la inmensidad de mi pasión? ¡Mi afán eras tú! ¡Se hallaba en peligro tu vida, frente á la indignación de un esposo, y tu vida era para mí el único sagrado!...

CAR. ¿Tu esposo? ¡No manches con tus labios su nombre augusto! Ten al ménos la piedad que siente el verdugo con su víctima.

RAQ. ¿Y dices tú eso, desventurado?... ¿Y me recuerdas la culpa?

CAR. Sí... todavía conservo algo que no has podido arrebatarme.

RAQ. ¡Carlos! ¡Bien mío! ¿Estás loco? Ven... (Acercándose á él y con acento apasionado.) En mis brazos hallarás consuelo... Lejos de aquí nos aguarda una vida de placeres embriagado

res... No vaciles... (Con creciente entusiasmo. Carlos dejándose llevar.) Deja esos recuerdos que te atormentan... y acuérdate sólo de aquellas horas en que todo lo fué para tí tu Raquel.

CAR. (Vacilante.) ¡Qué es lo que siento! ¡No puedo, no puedo resistir sus caricias! (Abrazándola y en extasis de amor.)

RAQ. Ya sabes que te adoro y te he consagrado mi corazón... ¡Vamos! (Arrastrándole entre sus brazos.)

CAR. ¿Por qué Dios, mío, quieres someterme á tan terrible prueba? Mi ánimo desfallece y se impone su cariño, que llena todo mi ser.

RAQ. ¿Por qué vacilas? Una silla de posta nos espera... y lejos de este lugar recobrarás la calma... (Volviendo á arrastrarlo.)

CAR. El infierno me arrastra hacia ella.

RAQ. ¡Carlos de mi alma!

CAR. (Con gran pasión,) ¡Adorada mujer! No puedo resistirte.

RAQ. No hay obstáculos para nuestro amor... ¡Nadie nos estorba!

CAR. (Transición.) ¿Qué has dicho? ¿Traes de nuevo á mi memoria aquella noble figura? ¡Sí... la veo... oigo su voz... me llama perjuro!...

RAQ. ¿Deliras?

CAR. ¡Delirio es... pero delirio de muerte!

RAQ. ¡Carlos... vuelve en tí! (Suena en este momento una descarga cerrada y seca, que se supone ser la que da muerte á los prisioneros.)

CAR. ¡Ah! (Apartándose horrorizado.)

RAQ. ¡Dios mío! ¿Qué es eso?

CAR. ¡Tu obra, esa es tu obra! ¡Y he sido tan infame que llegué á olvidar, siquiera un instante mi juramento!... ¡Desde el cielo me pides venganza... ya es hora de que se cumpla tu justicia! (Se arroja sobre Raquel con la furia de un loco, y con las manos oprime su garganta fuertemente hasta estrangularla.)

RAQ. ¡Carlos! ¡Carlos mío!

CAR. Paga tu crímen y sea yo tu verdugo... ya que la propia culpa á serlo me condena! (Muere Raquel: Carlos después la coge en sus brazos.) ¡Muerta! ¡Muerta! ¡Yo la he matado! (Con desespera-

ción.) ¡Yo, que tanto la amaba y que la amo todavía! (Abrazándola con entusiasmo.) ¡Raquel! ¡Vuelve á la vida! ¡Fué mi desesperación!... ¡Satanás me inspiró para asegurar mi condenación eterna! ¡Muerta!... ¡Muerta!... (Sollozando la deja caer.) ¡Nada me resta ya en el mundo! ¡Soy un miserable asesino! (Con gritos desesperados.) ¡Matadme!... ¡Viles franceses!... ¿No oís? ¡Os odio!... ¡Un militar español os desafía... no... un militar no... un asesino! (Del cuartel general sale un grupo de soldados.)

CABO ¡Alto! (A Carlos que se hallará desesperado.)

CAR. ¡Cobardes! ¡Traidores!

CABO ¡Fuego! (Suena una descarga. Cae Carlos sobre Raquel.)

CAR. ¡Conde de Launar... ya estás vengado! (Cae el telón.)

FIN DEL DRAMA

Hombres.	Mujeres.	TÍTULOS	ACTOS	AUTORES	Parte que corresponde á la Administración
»	»	La casa encantada.....	1	Sinesio Delgado.....	L.
»	»	La comida de boda.....	1	H. Criado y Baca.....	$^1/_2$ L.
»	»	La madre del cordero.....	1	Yrayzoz y Jiménez....	L. y M.
»	»	La Raposa.....	1	Monasterio y Chapí....	L. y M.
»	»	La vida en la aldea.....	1	Eugenio Contreras....	M.
»	»	Los aparecidos.....	1	Arniches y Lucio.....	L.
»	»	Los vecinos del 2.º.....	1	P. y González y Rubio.	M. y $^1/_2$ L
»	»	Maridos á peseta.....	1	C. Navarro.....	L.
»	»	No se permite fijar carteles.	1	Gaspar Espinosa.....	M.
»	»	Ordeno y mando.....	1	Navarro y Rubio.....	L. y M.
»	»	Otro monaguillo.....	1	Gaspar Espinosa.....	M.
»	»	Pasante de Notario.....	1	Navarro y Brull.....	M y $^1/_2$ L.
»	»	Ronda de primos.....	1	Casanova é Ibarrola....	L.
»	»	Toros y cañas.....	1	Calixto Navarro.....	L.
»	»	Agustina de Aragón.....	2	Mas y Prat y Mariani..	L. y M.
»	»	La mujer de papá.....	2	Piña y Vidal.....	L. y M.
»	»	Mano blanca no hiere.....	2	París, Mangiagalli y Conrote.....	L. y M.

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo, 2, de *D. Antonio San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7, de *D. Manuel Rosado*, calle de Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y C.ª*, calle de las Infantas, 18, y del *Sr. Escribano*, plaza del Angel, 2.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de esta Administración.

También pueden hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.